

CALLE ARRIBA
LOS BURRITOS

ALGUIEN ha dicho que para profesar estimación al burro no hay como frecuentar los centros científicos. Desde luego, el burro ha sido calumniado; nada en él revela mayor torpeza que en el resto de los cuadrúpedos. antes al contrario, es vivo de instinto, sagaz de percepción dócil al halago y en la labor ruda y fatigosa perseverante. ¿De dónde procede entonces su fama de torpe? Sin duda de la falta de la consagración universitaria. Dadle un título, colocadlo en un trípode académico y sus rebuznos nos parecerán lucubraciones exquisitas y sus actitudes pesadas gestos de suficiencia. ¡A tanto alcanza un diploma oficial!

Pero el asno es humilde. Ignora que ha sido cantado por Apuleyo y por Moisés; no sabe cuál es su papel en el Korán ni su significación emblemática en las literaturas. Sabe que tiene que trabajar para realizar su función y trabaja. Para él no hay otros timbres que los del propio merecimiento.

No todo el mundo ha hecho una observación muy digna de estudio. El burro no parece ridículo sino cuando cabalga en sus lomos la soberbia. Un guerrero haría montado en sus ancas una figura desconcertante. Un Roldán, un Gonzalo de Córdoba, un Bonaparte nos harían creer, puestos á horcajadas sobre el inofensivo solipedo, que éste era un ser grotesco y despreciable. Pero lo grotesco no residiría sino en el contraste entre la vanidad y la mansedumbre. Cambiad el jinete; poned encima del asno un Redentor y Jerusalén enarbolará palmas. A caballo puede cualquiera parecer grande; para mostrarse tal encima de un borriquillo se necesita serlo de veras.

El asno es el corcel de los pobres; sobre él los oropeles y las arrogancias se nos muestran con toda su miserable mezquindad. Pero una adolescente será siempre, sentada sobre un asno, la figura ideal cantada por Goethe y por Janin y dejará en nuestra retina la impresión de un grupo inolvidable, de una visión ingenua que habrá despertado en nosotros una sensación de ternura intensa y de arte sublime.

En Madrid los burritos casi nunca son objeto de mofa. Uncidos á los carritos de las verduras tiran con denuedo, con valentía, hasta agotar



Un borriquillo tirando de un carro

FOTS. SALAZAR

sus fuerzas, como si supieran que sus amos pobrísimos necesitan para vivir de su cooperación desinteresada, como si adivinaran que la infeliz mujer que los lleva del destal y los niños que los animan con sus voces argentinas desde lo alto del armatoste les apreciarán sus esfuerzos y se los premiarán con efusivas y jocundas caricias. Aterra á veces contemplar la abrumadora carga, el penoso arañar, sobre el empedrado, del animalejo que, sin estímulos ni castigos, procura ayudar á los suyos á combatir el hambre y la miseria. Y, además es sobrio como un espartano; un brazal de hierbas, unos cuantos puñados de gramíneas bastarán á su refacción y le permitirán recomenzar la ruda tarea con mayor resolución y empeño, si cabe, que lo hizo en las anteriores jornadas.

Donde los burritos demuestran su agudo instinto es al frente de las reatas. Sin ellos, las mulas desmayarían fatigadas y, dejando flojos los tirantes, acabarían por no obedecer sino á golpes brutales de la vara de fresno del carretero. El asno evita esta posibilidad, animando con su ejemplo al ganado, tirando de él sin tregua, trazando, en las duras pendientes, diagonales que suavizan la ingratitud del plano inclinado. Los vereis buscando los rieles de los tranvías para que el rozamiento de las ruedas sea menor; un timbre que suena detrás bastará para que se separe y deje avanzar al vehículo eléctrico; una vez pasado el armatoste volverá, sin ajeno estímulo, á recobrar su puesto entre los rieles, como sabrá inclinarse á la izquierda cuando venga un automóvil en dirección contraria. Si alguna vez sobreviene el choque no preguntéis á quién le toca la culpa: la tiene el automovilista. Si el conductor del carro se obstina en cambiar la dirección del asno, podéis estar seguros de que él que tiene la culpa es el racional.

Y luego están los borriquillos que llevan sus cargas pobrísimas á lomo, resignados, pacíficos, acaso hambrientos, rebuscando en las piedras una hoja de col ó las briznas de paja que dejan los embaladores poco pulcros. Alguna vez, á lo lejos, pasa con su trote menudo una hembra, y el pobre animal prorrumpie en un canto sonoro y viril que es como un llamamiento á lo imposible. He aquí su única rebeldía, que se extingue pronto en un sollozo de resignación y en un prolongado suspiro jadeante.

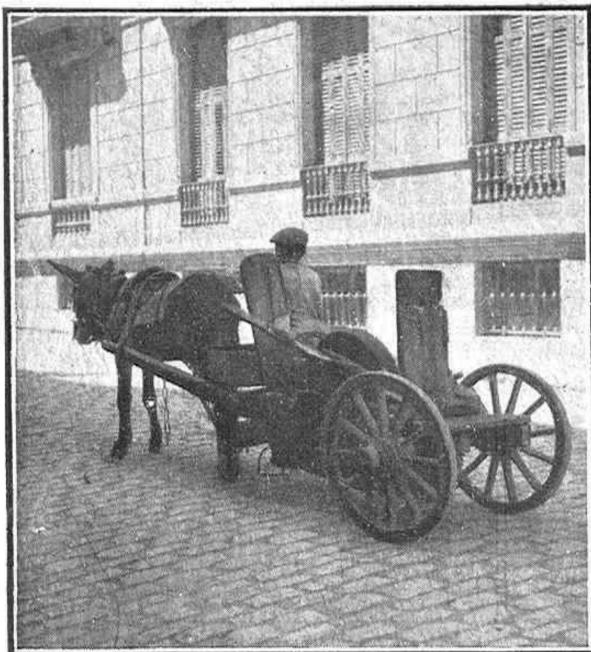
Los hombres seguimos siendo injustos y juzgamos prototipo de la imbecilidad al animal que, según la Biblia, habló una sola vez y fué para desasnar á su dueño. Asno es, para nosotros, el que hace precisamente lo que son incapaces de hacer los asnos: odiar el trabajo, con-

fundir las orientaciones, recrearse en la ingratitud ó solazarse brutalmente en el crimen. Los mismos fabulistas nos presentan al burro como el símbolo de la estulicia, con la misma ligereza de juicio con que encarnan la laboriosidad de la hormiga rapaz, la bravura en el traidor felino y la ingeniosidad en el antipático y repulsivo mono. Pero las fabulistas no fueron labradores; fueron demasiado académicos para apreciar la bondad de las cosas humildes, de las perspectivas serenas, de los seres pacíficos que ayudan al hombre en sus miserias y le confortan en sus alegrías. Su moral es convencional é hipócrita, moral de salón, *ad asum delphinis*, de chupa, casaca, espadín y tricornio, cuando no de esclavo contrahecho, como Esopo, el que, acaso, nunca existió.

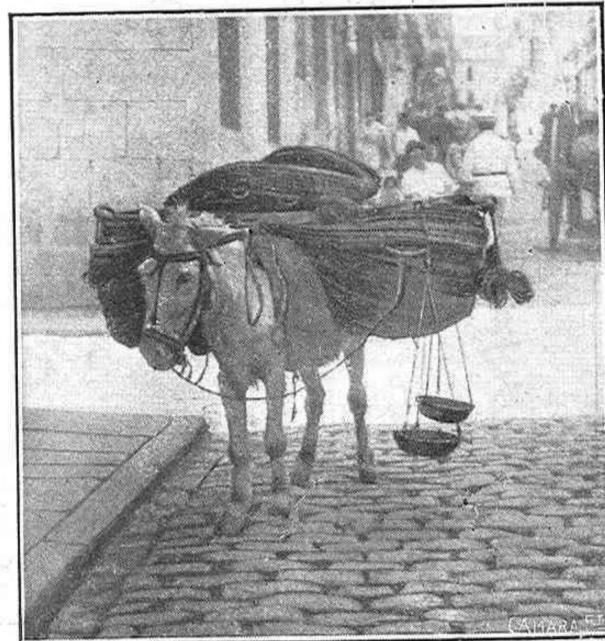
Yo amo á los burritos y no he podido leer, sin escándalo, no ha mucho, eu una revista extranjera, que su abundancia es un desdoro para Madrid. Mayor es la abundancia de gatos en París y Berlín

y de perros en Constantinopla, y estos bichejos no cooperan al bienestar de los desvalidos. Con mejor derecho se pudiera decir en alguna capital: «¡Cuánto apache!», ó en otra: «¡Cuánto siervo uniformado!». El mal no está en utilizar el trabajo del asno, sino en sacrificarlo para venderlo como ternera.

¡Oh, burritos simpáticos, amigos de los niños, rivales, para la mujer, de las romancescas hacaneas, colaboradores en la masía, guías en la montaña, acompañantes en el llano, símbolos en la fe, evocadores en la leyenda! Seguid en la ciudad recreando á los pequeñuelos, sirviendo á los trabajadores, auxiliando á los desvalidos. Seguid sirviendo para que los poetas en sus sueños evoquen sobre uno de vosotros una figura femenina, vestida de telas ligeras y flotantes, tocada con una pamela de cintas, llenas de flores campesinas las haldas y de sonrisas los labios carmíneos, imagen amorosa y beneficiente que no tomará cuerpo jamás y para que los enamorados de todas las generosas utopias piensen en un porvenir de paz humana, de familiar sosiego, de trabajo fecundo, de fraternidad inquebrantable y permanente que puede, ¡ay!, que sea también, sobre la tierra, un irrealizable y generoso delirio.—ANTONIO ZOZAYA



El borriquillo de un afillador



Borriquillo de un vendedor ambulante de hortalizas

JOYAS DEL ARTE RELIGIOSO EN ESPAÑA



MAGNÍFICO RETABLO DE ALABASTRO, TITULADO DE SAN BERNABÉ, EXISTENTE EN LA SACRISTÍA DE LA CATEDRAL DE AVILA

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

CAMARA 110



El río de mi verso

El río de mi verso,
con su canto sonoro,
recorre el Universo
en su cauce de oro.

En él refleja el Día
todas sus cosas bellas,
y la noche le envía
su tesoro de estrellas.

Pasa el río por puentes
de auroras y de ocasos,
y en sus aguas corrientes
abreban los pegasos.

Sus aguas cristalinas
los pegasos no empañan,
y en ellas las divinas
Nueve Musas se bañan.

Y moja el dios Apolo
su laurel y su lira,
en cuyas cuerdas Eolo,
invisible, suspira.

Y en su concha marina,
rodeada de amores,
pasa Venus divina,
coronada de flores.

Y llevan á Neptuno
sus tritones triunfales,
y la nave de Juno
cisnes y pavos reales.

Y nadan por las linfas,
coronados de lauros,
persiguiendo á las ninfas,
los faunos y centauros.

Y así, por estos versos,
ondas de poesía,
van los dioses diversos
de la Mitología.

La celeste belleza
el río va cantando,

mientras Naturaleza
se está en él contemplando.

Campos llenos de flores
y montañas altivas
y aldeas de pastores
y ciudades activas.

Y molinos de viento
y molinos de agua,
y el fuego violento
del horno y de la fragua.

Y ruinas antiguas,
bellezas milenarias
y figuras ambiguas
de esfinges legendarias.

Pasa la Primavera,
diciendo sus cantares,
en su barca velera
ornada de azahares.

Y la sigue el Estío
agobiado de oro,
y en las aguas del río
va echando su tesoro.

Y Otoño cazador
pasa tocando un cuerno,
y, como un rey pastor
errante, pasa Invierno...

Y el Sol, faro celeste,
ojo del Universo,
alumbra, de Este á Oeste,
el río de mi verso.

Todo refleja el canto
de mi río, al pasar.
Naturaleza, en tanto,
no dejes de cantar...

Goy DE SILVA

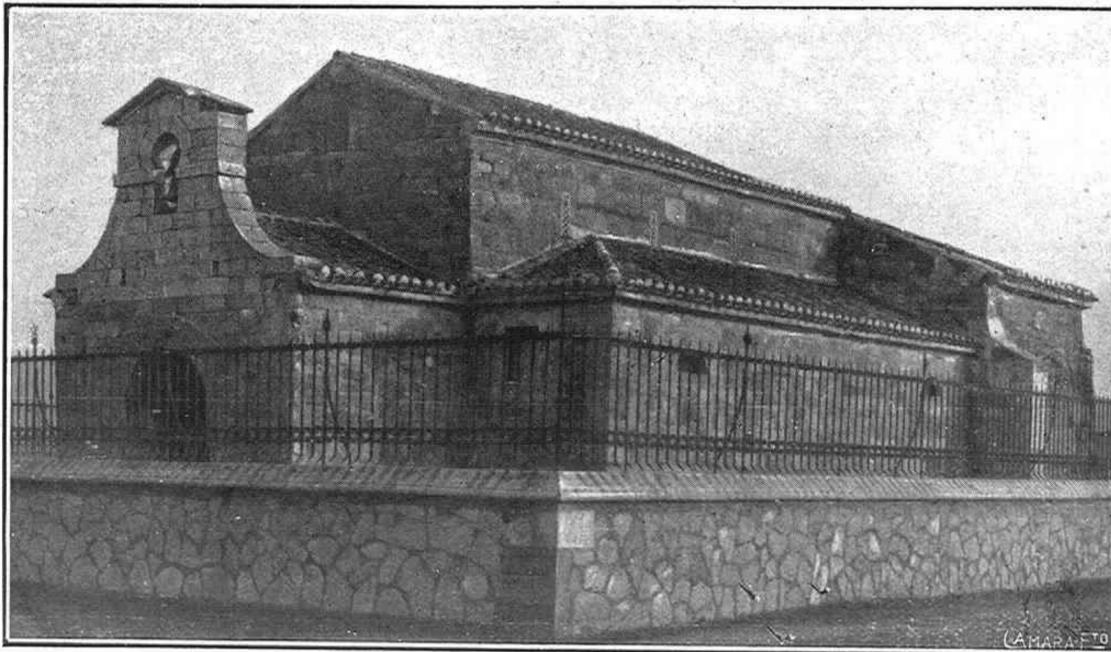
DIBUJO DE SOLANS

MONUMENTOS ESPAÑOLES
LA IGLESIA DE SAN JUAN DE BAÑOS

BAÑOS de Cerrato, es, acaso, el más humilde pueblo de la provincia de Palencia. Todo en él denota la pobreza de este mísero lugar, que, sobre ser pobre, tiene un ambiente triste y sombrío, que se refleja en el semblante de sus escasos moradores y en la lobreguez de las frágiles casucas construídas con adobes y piedras recogidas á lo largo de los caminos... El viajero ó turista que recorre este lugar, siente insistentemente el deseo de abandonarle y huir de aquel ambiente triste y sombrío, pues aparentemente nada hay en este lugar que pueda llamar la atención del visitante, sino que, antes al contrario, parece que la mansa quietud de este pueblo es hostil.

Esta dolorosa y triste sensación de malestar, de molestia, hubimos de experimentarla nosotros cuando, en excursión meramente recreativa, recorrimos las tortuosas callejas de este pueblo, cuya campiña, de no escasa fertilidad, baña generosamente el caudaloso Pisuerga.

Mas he aquí que San Juan de Baños, mísero, pobre, sombrío y lóbrego, es, artísticamente considerado, uno de los más ricos pueblos españoles.



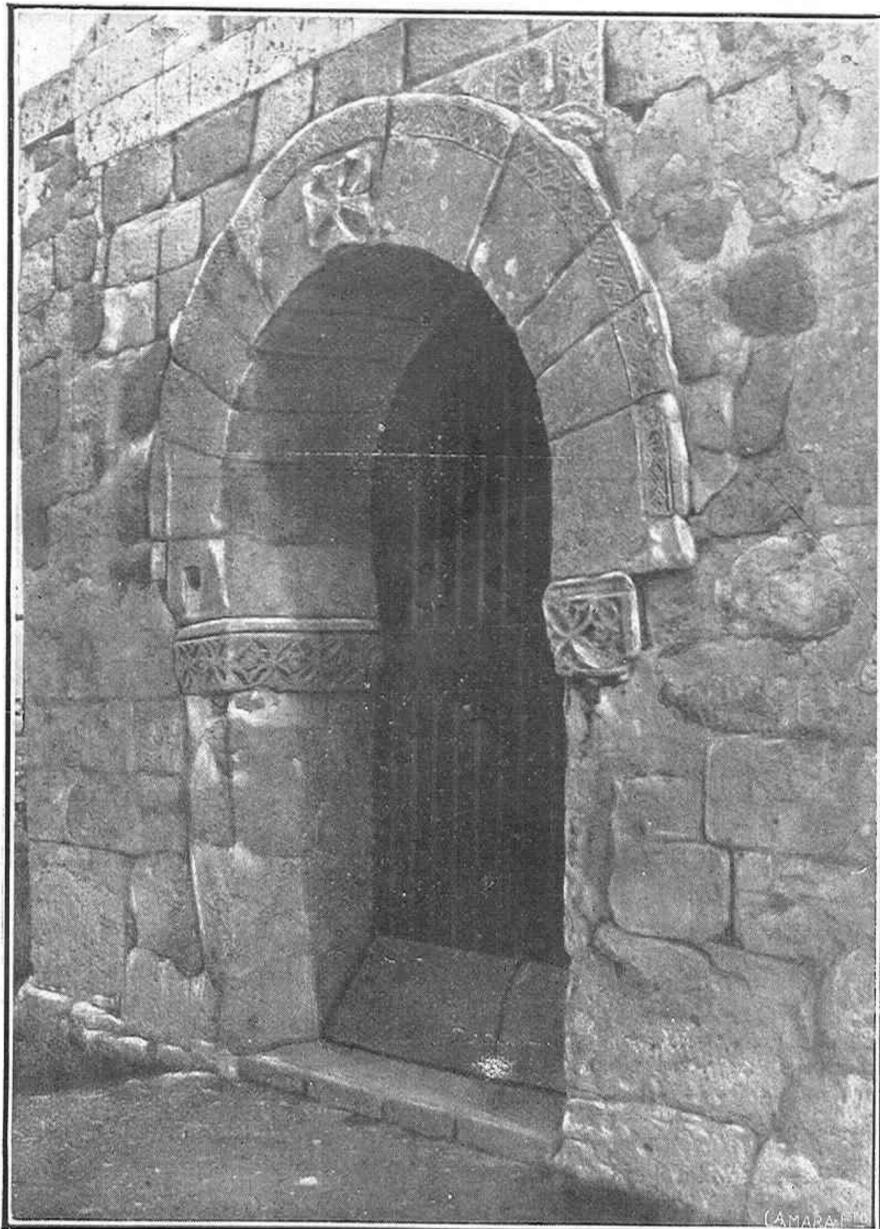
Vista exterior de la basílica de San Juan de Baños

Como una compensación de su miseria, existe en este lugar una joya artística de inapreciable valor, por ser única en España: la basílica visigótica de San Juan, de la cual publicamos en estas páginas algunas interesantísimas fotografías que darán al lector una idea, siquiera sea pequeña, de la grandísima importancia de este valioso monumento.

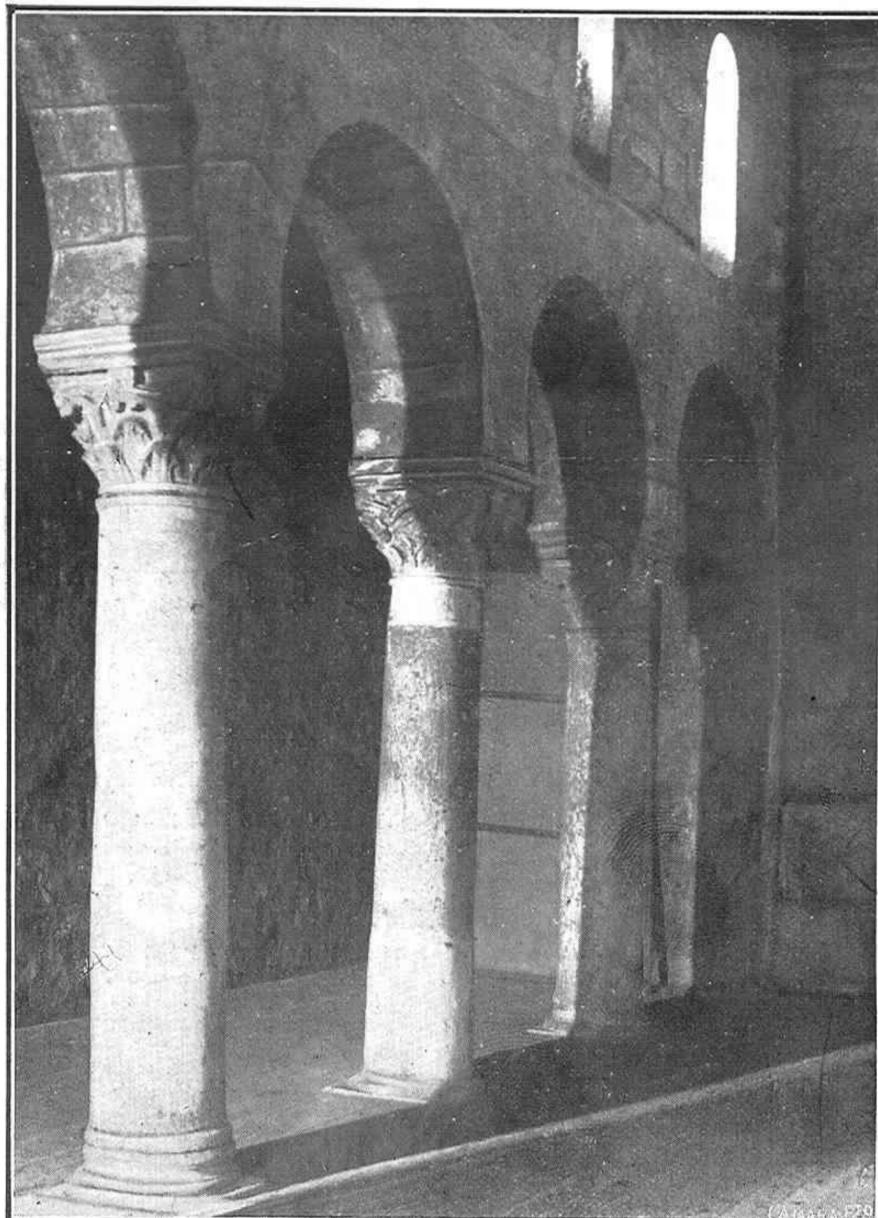
La edificación de este templo, que data de la primera mitad del siglo VII, débese al Rey Recesvinto, que, según la historia, ordenó la construcción al regreso de la campaña sostenida para pacificar á los indomables vascones, sublevados por el magnate Troya, que había formado un partido para protestar belicosamente, según hacíase en tales casos, de lo que él suponía el triunfo de la política encaminada á convertir en hereditaria la monarquía.

Las huestes sublevadas lograron internarse en Zaragoza, donde el rey visigodo las derrotó, reduciendo á prisión al iniciador de la rebelde campaña, campaña que se recrudeció de nuevo con el beneplácito del país, que protegía notoriamente á los insurrectos.

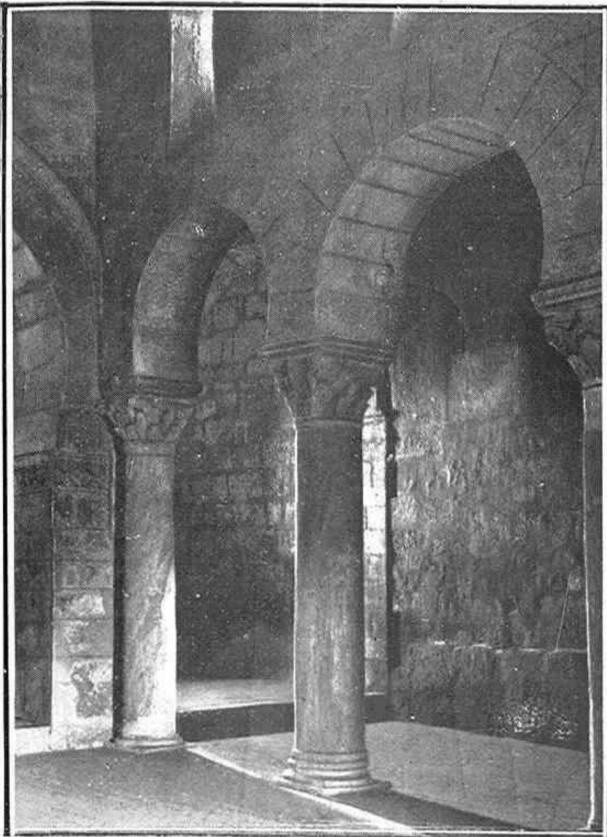
Finalmente, la rebelión fué sofocada, merced á formal promesa del mo-



Puerta de entrada á la basílica



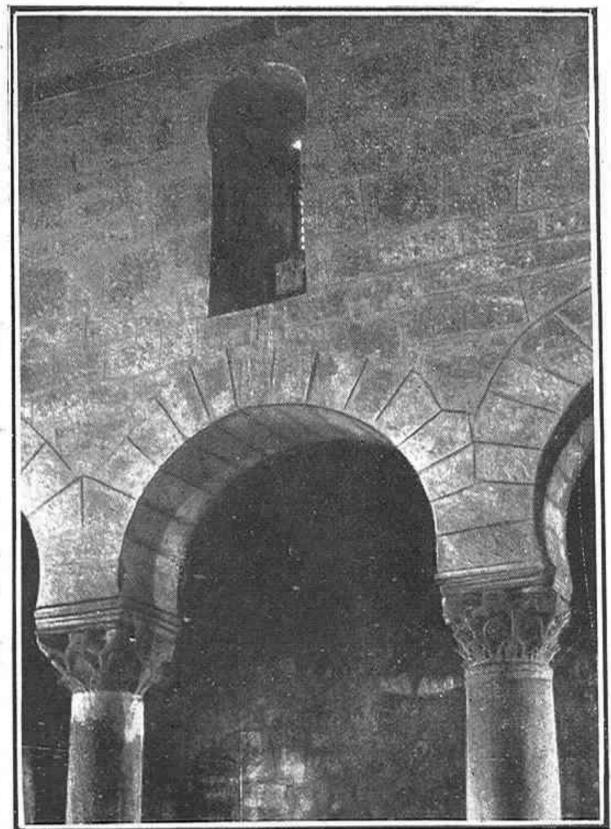
Vista interior de la basílica



Detalle del interior de la basílica



Imágen de San Juan Bautista, labrada en alabastro, que, á pesar de su grande antigüedad, conserva su primitiva pintura



Otro aspecto del interior

marca de ser clemente con los derrotados y de reparar las supuestas injusticias que habían originado el levantamiento.

Hízolo así Recesvinto y fué entonces cuando éste, satisfecho de la feliz solución de tan grande conflicto, quiso mostrar á Dios su gratitud por haberle ayudado en ella, elevando un templo dedicado á su culto, cuyo templo fué el de San Juan, en Baños de Cerrato, que hoy nos ocupa.

La más absoluta sencillez domina en la estructura de este templo, sencillez admirable que avalora más aún el mérito de la basílica, puesto que acredita la pureza indubitable de su estilo. Consta el templo de una sola entrada, que da acceso á un amplio vestíbulo alargado que se une con la nave central, la cual termina en el presbiterio, al que dan perfecta forma rectangular, cuatro muros macizos y de gran espesor. La separación de la nave central está conseguida por hermosas columnas, y las cabezas de las naves laterales terminan en capillas en forma de rectángulo y colocadas á modo de ábsides.

Algunos detalles que se observan en el sencillo campanario y en los muros laterales del vestíbulo, coronados por una mezuquina cornisa y unas molduras sin carácter, acusan claramente la desastrosa restauración á que fué sometido este templo en las postrimerías del siglo pasado.

Estas lamentabilísimas reparaciones, tan comunes y corrientes, constituyen verdaderos atentados artísticos y debieran evitarse en lo posible, pues, como ocurre en esta hermosa basílica de San Juan, es harto doloroso ver junto á las sublimes manifestaciones del arte puro é inmaculado, burdas y deplorables imitaciones que, no sólo no logran pasar inadvertidas á los ojos de la persona más profana en materia de arte, sino que producen verdadera indignación. Pero volvamos á la descripción del templo.

Detrás del vestíbulo se halla el frente y partes altas de la nave central, en la que hay algunos reducidísimos huecos simétricamente coloca-

dos en cada uno de los muros laterales. Cuatro tramos con arcos túmidos dividen longitudinalmente el cuerpo del templo, y apeados sobre columnas de mármol, cuyo remate lo constituyen variados capiteles de piedra blanca muy esculpida. Un cuadrado pilar que se adosa al muro, sustenta el primer arco de la entrada, y sobre una columna que casi toca al muro de la capilla mayor, descansa el arco último inmediato al ábside.

Poco ó nada más podemos describir del interior de este templo, en el que, como antes decimos, predomina sobre todo la parquedad de dificultades arquitectónicas,

siendo esto precisamente lo que le da más carácter, pues sabido es que los visigodos, poco acostumbrados á resolver grandes problemas de construcción, imprimían á todas sus edificaciones una gran sencillez, rayana, en muchos casos, en mezquindad, como acontece en el templo á que venimos refiriéndonos, del cual se ha excluído totalmente, todo detalle de grandiosidad ó magnificencia, cualidad esencialmente característica de todas las construcciones visigóticas.

En las fotografías que acompañan á estas líneas podrán ver los lectores algunos labrados de los capiteles, la imagen de San Juan Bautista tallada en alabastro allá por el 661, y que á pesar de su antigüedad aún conserva apreciables vestigios de las pinturas de la época, y la original estructura exterior de este templo, verdadero y notabilísimo ejemplar del arte visigótico en España.

No tiene este templo, como la inmensa mayoría de sus congéneres, valiosas joyas y costosas reliquias. La misma abrumadora sencillez que impera en toda la basílica, ofreciase igualmente en la que pudiéramos llamar parte ornamental, hasta el punto de que la única reliquia verdaderamente notable, que se conserva en el templo, es una imagen de San Juan, primorosamente tallada en alabastro allá por el año 661.



Arco de la basílica sobre el cual se ve la lápida conmemorativa

ABELARDO QUINTANAR

CUENTOS ESPAÑOLES
DE ENEMIGOS, EN ALIADOS



PENAGÓD
MCMXVI

DOÑA Julia y D. Braulio, de sobremesa, reposan la comida. Son personas «de cierta edad», según ellos; dos ancianos para los que ven sus cabezas blancas y sus rostros surcados de arrugas, propios de quienes han visto caer la nieve de más de setenta inviernos. Todo á su alrededor delata holgura y buen gusto. Doña Julia se distrae con una labor de gancho, mientras su marido, masticando un puro, dormita.

DOÑA JULIA.—Braulio, hijo, que te duermes.

DON BRAULIO.—¿Eh? ¡Ah! Sí; alguna cabezada que otra. Es el café, que me da sueño.

DOÑA JULIA.—Al revés que á todo el mundo. En algo habías de distinguirme tú.

DON BRAULIO.—Y si no es el café será otra cosa. Ello es que me agrada dar unas cabezaditas después de comer, y como haciéndolo no ofendo á nadie... Pero á ti, no sé por qué, te crispa los nervios...

DOÑA JULIA.—No digas bobadas, Braulio. Es

que tú no vives en este mundo ni te preocupas por nada, y soy yo quien tiene que resolverlo todo.

DON BRAULIO.—Bueno. Al grano. Déjate de sermones y dime de qué se trata.

DOÑA JULIA.—Con tal de que no te digan las verdades ni te hagan salir de tu paso... Un poquito egoísta lo has sido siempre.

DON BRAULIO.—Eso sí que no. Mi lema de toda la vida es éste: Ama al prójimo como á ti mismo: si es prójimo, te esmerarás.» La segunda parte es mía; pero hasta hace pocos años no la exteriorizo, por lo menos delante de ti.

DOÑA JULIA.—Dichoso tú, que tienes buen humor... El que se propone tomarlo todo á guasa...

DON BRAULIO.—Mientras no haya motivo para ponerse lúgubre...

DOÑA JULIA.—Pues ahora lo hay. Se trata de la niña.

DON BRAULIO.—(Vivamente.) ¿De Amparito? ¿De mi nieta? ¿Y qué es lo que le sucede,

que yo nada sé? Con nosotros ha comido, más contenta que nunca. A ver, á ver; habla pronto, que yo me entere. Si algo hay en el mundo que me preocupe seriamente, es todo lo que con ella se relaciona. Tres noches pasé sin dormir cuando tuvo el sarampión, hace cuatro años. ¡Tres noches, que se dice muy pronto! Claro, que luego me desquité durmiendo dos semanas seguidas.. Pero vamos, contesta ya; que tú pareces la campana de la Inquisición, con tus misterios y tus reticencias...

DOÑA JULIA.—Pero déjame hablar. De la niña se trata, pero no es que le suceda nada malo; al menos por ahora.

DON BRAULIO.—Entonces...

DOÑA JULIA.—Como yo la vigilo siempre y no me aparto de ella, he descubierto una cosa que quería ocultarme.

DON BRAULIO.—(Riendo.) ¿Algún noviecito?

DOÑA JULIA.—Claro que sí. Pero no es para tomarlo á risa, precisamente.

DON BRAULIO.—A su edad tú habías tenido ya tres novios.

DOÑA JULIA.—Eso no es una razón. Comprenderás que no vamos á consentir todas las locuras que puedan ocurrírsele.

DON BRAULIO.—Estoy conforme contigo.

DOÑA JULIA.—Y como estas cosas conviene cortarlas de raíz, es preciso que hoy mismo hablemos con ella seriamente.

DON BRAULIO.—Hablemos, pues. Que venga la niña. ¿Toco el timbre?

DOÑA JULIA.—No; espera. Más vale que la hablemos por separado. Delante de ti no me parece bien regañarla.

DON BRAULIO.—En eso tienes razón. Mejor es que te entiendas tú con ella.

DOÑA JULIA.—Después de haber conferenciado contigo. Es preferible que inicies la campaña. Pero te advierto que has de hablarla fuerte.

DON BRAULIO.—¿Pues no habíamos quedado en que no se la puede regañar estando yo delante?

DOÑA JULIA.—Mira, Braulio; ya sabes que tus chistes no me hacen gracia. Si quieres desentenderte de esto, como de todo, dilo de una vez, y concluyamos. Ni la felicidad de Amparito consigue sacarte de tu apatía. Será mejor dejar que se la lleve el primer pelagatos que se presente, y que la alegría de nuestra vejez y los afanes de nuestra vida sirvan para que un cualquiera se aproveche de su inocencia y la haga desgraciada. Pero, todo eso, ¿qué importa? La cuestión es no salir de nuestro paso, y que no se interrumpan nuestras cabezadas de la siesta.

DON BRAULIO.—¡Ea! Ya terminó. Has conseguido enfadarme. Ya verá esa niña lo que es bueno. Que venga en seguida.

DOÑA JULIA.—Tú no tienes términos medios. A ver si te vas del seguro. De un momento á otro vendrá, como todos los días, á leerte los periódicos. Habla con ella lo mejor que se te ocurra. Ya sabes que se trata de su felicidad. (*Vase doña Julia.*)

DON BRAULIO.—¡El demonio de la chicuela! Recién salida del cascarón y ya piensa en tonteras... Tiene razón Julia: hay que estar enérgico.

A poco, llega Amparito, muy mona, muy modosa, con varios periódicos en la mano. A través de su sonrisa, no es difícil advertir un rictus de temor. Oculta tras la cortina ha escuchado la conversación de sus abuelos. Pero es mujer, y no se arredra por tan poco. Resueltamente arrostra la situación.

AMPARO.—Hola, abuelito.

DON BRAULIO.—Hola, buena pieza. ¿Se puede saber qué has hecho en este rato?

AMPARO.—Lo de siempre, abuelito. Fui á mi habitación, después de comer, á lavarme las manos.

DON BRAULIO.—¡A lavarte las manos! ¡Tres cuartos de hora para lavarte las manos!

AMPARO.—También me estuve arreglando un poco la cabeza...

DON BRAULIO.—Las mujeres os pasáis la vida arreglándoos la cabeza. Eso indica lo descompuesta que la tenéis.

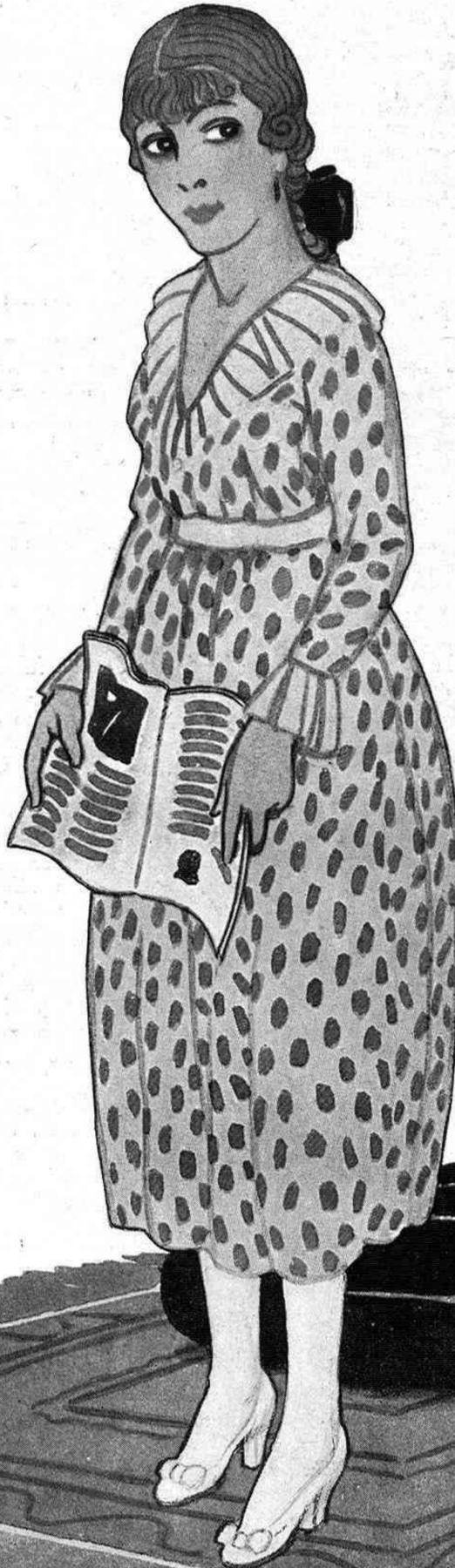
AMPARO.— (*Mimosa.*) ¿También yo, abuelito?

DON BRAULIO.—¿Tú?... Más que nadie.

AMPARO.—Vamos, abuelito, se conoce que estás enfadado. Nunca te he visto así. ¿Es conmigo? Nada te he hecho, más que quererte mucho...

DON BRAULIO.—Vaya, vaya; menos zalameñas y más formalidad. ¡El demonio de la chicuela!

AMPARO.—Decididamente, estás enfadado. Y lo que es peor, enfadado conmigo. Ya ves tú si soy desgraciada... Hoy, que quería decirte una cosa...



DON BRAULIO.—¡Ah! ¿Con que querías decirme una cosa?

AMPARO.—Sí, abuelito; una cosa muy importante... una cosa que no sabe nadie todavía... Pero como yo sé que me quieres tanto, pensé: «¿Quién mejor que el abuelito para que me aconseje?»

DON BRAULIO.— (*Dulcificándose.*) De modo que se trata de aconsejarte...

AMPARO.—Claro que sí. Y el consejo de una persona de experiencia y de talento como tú, vale tanto...

DON BRAULIO.— (*Halagadísimo.*) Eso es verdad. Mi experiencia... Mi talento... Vamos á ver. ¿De qué se trata?

AMPARO.—No, no; ya no lo digo. Con lo enfadado que estás... Y con ese geniazo que tienes...

DON BRAULIO.—Eso también es verdad; veo que me conoces. Cuando llega la ocasión, tengo tanto carácter como el primero. Pero eso no quita para que en un caso excepcional... Ya que se trata de algo importante para lo que necesitas mi consejo...

AMPARO.—Que no, abuelito; que no.

DON BRAULIO.—Vamos, mujer, no seas tonta. Yo te prometo dominar mi genio. Después de todo, eres una niña y hay que tener consideración.

AMPARO.—Siendo así... ¿Me atreveré?

DON BRAULIO.—Atrévete.

AMPARO.—Pues me atrevo. Abuelito, ya he cumplido los diez y seis años...

DON BRAULIO.— (*Indignado.*) ¿Y era esta la cosa importante que tenías que decirme? Cuando yo digo que tienes la cabeza descompuesta...

AMPARO.—Abuelito, si no me dejas hablar... Te decía que he cumplido los diez y seis años, y... vamos... que no soy del todo fea.

DON BRAULIO.—Eso tampoco es una novedad. A todas horas te estoy diciendo que eres preciosa.

AMPARO.—Me lo dices tú... me lo dice el espejo... y me lo dicen otros, que no son ni el espejo ni tú.

DON BRAULIO.—¡Hola, hola! ¿Y quiénes son esos otros?

AMPARO.—Qué se yo... Muchos... Y entre ellos, uno, en el que me he fijado más que en nadie.

DON BRAULIO.—¡Vamos! Ya pareció aquello.

AMPARO.—Y esta era la confianza que quería hacerte, abuelito, y el consejo que pensaba pedirte.

DON BRAULIO.—Bueno; vamos á ver, vamos á ver. Eso de aconsejar es muy difícil, y tratándose de cosa tuya, mucho más. Ante todo, sepamos: ¿quién es él?

AMPARO.—Se llama Alberto Gutiérrez. Estudió el último año de Medicina.

DON BRAULIO.—¿Y cómo es?

AMPARO.—¡Oh! Físicamente vale mucho.

DON BRAULIO.—Con que físicamente... ¿Y químicamente?

AMPARO.—¿Químicamente, abuelito? ¿Qué quieres decir?

DON BRAULIO.—Que cómo anda de posibles... de posición, de fortuna.

AMPARO.—Es de muy buena familia. Su padre murió de magistrado en Granada. Es hijo único, y vive aquí con su madre. Rico no debe ser. Siempre habla de su carrera como la esperanza de su porvenir... Pero el no ser rico, yo creo que no importa, abuelito... El es bueno y me quiere mucho...

DON BRAULIO.—Pues es lo esencial, que de monio. Nadie más rico que el rey Midas y tenía orejas de pollino... Ya ves tú: cuando me casé con tu abuela, no poseía ni dos reales. Y, sin embargo, hemos sido felices.

AMPARO.—Además, que Alberto trabajará, y ganará mucho. Es muy buen estudiante. Con decirte que siempre se aprende las lecciones antes de asomarse a la ventana para hablar conmigo...

DON BRAULIO.—¿Con que a la ventana?

AMPARO.—¡Ay! Se me escapó, abuelito.

DON BRAULIO.—¿De modo que vive en esta casa el caballero?

AMPARO.—No; es muy amigo del vecino de al lado, que también es alumno de Medicina, y viene a su casa para estudiar juntos. Por eso nos vemos desde las ventanas.

DON BRAULIO.—Y vamos a ver, picaruela: ¿cómo empezó la cosa?

AMPARO.—Pues... si vieras que empezar... lo que se dice empezar... yo misma no sé cómo ha empezado. Hace más de un año que yo veía a Alberto desde la ventana, estudiando con su amigo. Nos mirábamos, nada más. Un día me saludó, y yo no había de cometer la grosería de callarme. Otra vez, no se me olvida, me dijo: «Qué hermosa tarde hace.» Y, como era ver pues yo... le dije que sí. Y desde entonces somos novios. Pero sin decirnoslo claramente.

DON BRAULIO.—Malo, malo. Noviazgo que empieza sin declaración, acaba en boda.

AMPARO.—De modo que no te parece mal, abuelito...

DON BRAULIO.—Hija mía... la verdad... yo no sé qué decirte. ¡Eres tan joven! Pero si él es bueno y te quiere, ¿por qué ha de parecerme mal? Si fueras un chico, aún pondría más reparos. Pero las mujeres sois las reinas de la Creación, y con la labia que tú tienes pronto te metes en el bolsillo a tu marido y al mundo entero.

AMPARO.—(Abrazando a D. Braulio.) ¡Ay, abuelito, qué bueno eres, y cuánto te quiero!

DON BRAULIO.—Ya estás tú buena... Me quieres, porque en todo te complazco.

AMPARO.—No es sólo por eso, abuelito... Oye, abuelito... ahora quisiera pedirte una cosa...

DON BRAULIO.—¿Otra cosa! Veamos.

AMPARO.—Que... se lo digas tú a la abuelita.

DON BRAULIO.—(Vivamente.) ¡Eso sí que no! Pídemelo que quieras, menos eso.

AMPARO.—Es que yo... no me atrevo.

DON BRAULIO.—¿Toma! Ni yo tampoco.

AMPARO.—Entonces... no se lo diré.

DON BRAULIO.—Al contrario. Debes decirse... pero tú solita. Ya, ya sabes andar por el mundo cuando quieres. Espera una oportunidad, y se lo dices. Pero, ante todo, no se te ocurra decir que yo lo sé, y mucho menos que no lo encuentro mal del todo...

AMPARO.—Descuida, abuelito.

DON BRAULIO.—Es que entonces tendríamos un serio disgusto. Ya sabes lo que es tu abuela... Es decir, no lo sabes bien...

AMPARO.—No tengas cuidado, abuelito.

DON BRAULIO.—Pues entonces anda con ella ahora mismo. Las cosas, en caliente, cuanto antes.

AMPARO.—No sé si me atreveré...

DON BRAULIO.—¿No te has atrevido conmigo? Nada, nada; mano izquierda, y buena suerte. (Se va.)

AMPARO.—Y el caso es que no tengo más remedio que decirse, porque si no va a ser peor... ¡Ay, Dios mío! Hacia aquí viene. (Se santigua.) Sea lo que Dios quiera. (Entra doña Julia.) Hola, abuelita.

DOÑA JULIA.—¡Pero, cómo! ¿Tú sola? Creí que estabas con tu abuelo.

AMPARO.—Sí, efectivamente, estaba aquí, pero se ha ido. Le empecé a leer los periódicos y se durmió.

DOÑA JULIA.—¡Claro! La dichosa siestecita.

AMPARO.—Y hace un momento, lo que se dice un momento, se despertó de mal humor, y se fué.

DOÑA JULIA.—¡Eso es! El mismo de siempre. Y que las cosas se resuelvan solas ó que las resuelva otro. ¿De modo que no habéis hablado nada?

AMPARO.—Absolutamente nada. Pero ya que no he hablado con él... quisiera hablar contigo.

DOÑA JULIA.—¿De qué?

AMPARO.—De una cosa que deseo decirte... una cosa que no sabe nadie todavía...

DOÑA JULIA.—Oye, oye, ¿qué cosa es esa?

AMPARO.—Verás, abuelita... yo te explicaré... Ven y siéntate en la butaca... yo a tus pies... Tengo que pedirte perdón, abuelita.

DOÑA JULIA.—¿Perdón! ¿De qué?

AMPARO.—De ocultarte una cosa... De tener un secreto para ti.

DOÑA JULIA.—¿Un secreto!

AMPARO.—Verás, abuelita, yo te explicaré... Como eres así... algo vehemente... la verdad, yo temía que te enfadaras...

DOÑA JULIA.—¿Cuándo me enfado yo contigo? ¿Por qué me dices eso? Si a nadie en el mundo quiero tanto como a ti... No esperaba que pudieras decirme tal cosa... No sabes bien el daño que me has hecho... (Compungida.)

AMPARO.—Perdón, abuelita, perdóname... ¡No llores, por Dios! ¿Me perdonas?

DOÑA JULIA.—Te perdono porque me lo has dicho a mí antes que a nadie. Porque esto no lo sabe nadie más que yo, ¿verdad?

AMPARO.—Naturalmente, abuelita.

DOÑA JULIA.—Sólo por eso te perdono. Pero no te molestes en contarme nada. Estoy al cabo de la calle. ¿Te parece bonito? ¿Qué te falta a nuestro lado para que ya pienses en abandonarnos?

AMPARO.—Pero abuelita; si yo no pienso en tal cosa...

DOÑA JULIA.—¿Pues digo, si las señas son mortales!

AMPARO.—No, no; no es eso. Es que yo, aunque parezco alocada y tengo pocos años, muchas veces reflexiono seriamente... Y cuando pienso en el día de mañana, me da miedo, abuelita. Mientras viváis vosotros... tú, sobre todo, que has sido y eres para mí más, mucho más que una madre, ¿qué puedo ambicionar en este mundo? Pero, desgraciadamente, un día u otro, huérfana como soy, he de quedarme sola... ¡Sola, abuelita!... Y tú, que tanto me quieres, no puedes desear para tu nieta la desdicha de verse abandonada.

DOÑA JULIA.—En eso dices bien... Pero estas cosas no pueden hacerse así, alocadamente, admitiendo al primero que llega...

AMPARO.—En estas cosas, abuelita, debe admitirse, no al que llega primero, sino al que llega en el instante oportuno... Si es el primero, mejor... Mil veces me has referido tus relaciones con el abuelito... Mi madre también se casó por amor.

DOÑA JULIA.—Exclusivamente por amor, es cierto.

AMPARO.—Pues ¿por qué no he de seguir yo la tradición de la familia?

DOÑA JULIA.—Porque tienes pocos años y ninguna experiencia... ¡Si al menos fueras hombre!... Pero las mujeres, desgraciadamente, llevamos siempre las de perder en el matrimonio...

AMPARO.—El abuelito dice lo contrario.

DOÑA JULIA.—El abuelito es hombre, y ve las cosas por su lado... (Transición.) Pero yo venía dispuesta a regañarte, y resulta que estamos hablando de tu noviazgo como de la cosa más natural del mundo...

AMPARO.—Porque eres muy buena, abuelita; porque me quieres mucho, y comprendes que tengo razón.

DOÑA JULIA.—Pero si no puedo comprender

nada de eso. ¿Sé yo quién es ese... individuo si quiera?

AMPARO.—Porque no me lo has preguntado. Además, no basta lo que yo diga. Las de Luque le conocen y tratan mucho a su madre; ellas podrán informarte cumplidamente. Por lo demás, él hablará contigo cuando quieras.

DOÑA JULIA.—Bien, bien; ya veremos. Será un estudiantillo, un mequetrefe...

AMPARO.—No tanto, abuelita. Tiene cinco años más que yo; le falta un curso para acabar la carrera de Medicina.

DOÑA JULIA.—Pues que la acabe ante todo, y después hablaremos.

AMPARO.—¡Abuelita, por Dios!

DOÑA JULIA.—Mujer, quiero decir antes de formalizar nada, ni dar paso alguno. El hombre debe tener resuelto el porvenir antes de casarse; da muy mal resultado lo contrario.

AMPARO.—No, abuelita. Alberto es muy buen estudiante.

DOÑA JULIA.—Pues cuando termine, hablaremos.

AMPARO.—Pero mientras tanto...

DOÑA JULIA.—Mientras tanto... hacéis cuenta de que no sé nada.

AMPARO.—(Abrazando y besando a doña Julia.) ¡Ay, abuelita, qué buena eres! ¡Qué alegría se pondrá él cuando lo sepa!

DOÑA JULIA.—Pues díselo. Nada más fácil. Ya sé que os entendéis por la ventana. ¡Ah! Una cosa. No le digas nada de esto a tu abuelo. Según está de humor, pudiera parecerle mal...

AMPARO.—Bueno, como tú quieras. ¿Voy a decirse a Alberto?

DOÑA JULIA.—Ve, pero vuelve pronto. ¡Ingrata! Ya le quieres más que a mí...

AMPARO.—No digas eso, abuelita. Más que a ti no quiero a nadie... (Se abrazan llorando: cuando Amparo se va, queda doña Julia limpiándose los ojos. Entra D. Braulio.)

DON BRAULIO.—Pero ¿es que estás llorando?

DOÑA JULIA.—No, hombre; qué he de llorar. Me había quedado traspuesta.

DON BRAULIO.—Lo mismo me ha sucedido a mí en el gabinete. Parece que tengo sueño atrasado. Como no di las cabezadas de ordenanza...

DOÑA JULIA.—¿Cómo que no? Pues si me ha dicho la niña que sí...

DON BRAULIO.—(Vacilante.) ¡Ah! ¿Te ha dicho la niña?... Entonces, no lo niego. Pero como a lo mejor te incomodas por estas pequeñeces...

DOÑA JULIA.—¡Claro! Siempre resultará que soy una fiera.

DON BRAULIO.—No, mujer. (Pequeña pausa.)

DOÑA JULIA.—Pues sí; la niña me ha dicho que no habéis hablado nada.

DON BRAULIO.—En efecto; nada. ¿Y tú?

DOÑA JULIA.—Yo... tampoco. He pensado que estas cosas más vale dejarlas; con eso hay mucho adelantado para que terminen por sí solas.

DON BRAULIO.—(Retrepándose en la butaca.) Muy bien; me parece muy bien. Oye, sabes que noto fresco... Se conoce que hay algo abierto por ahí.

DOÑA JULIA.—(¡Claro! La ventana de la otra.) Pues yo no noto nada. Además, eso no importa; el frío es muy tónico.

DON BRAULIO.—Lo será, no lo niego. Pero se coge una pulmonía tónica por menos de nada.

DOÑA JULIA.—¡Vaya! Cerraré la puerta. (Lo hace.)

DON BRAULIO.—Ajaja. Eres muy amable. (Bosteza.) Ahora estoy en la gloria. Lo que se dice en la gloria. (Se duerme.)

DOÑA JULIA.—¡Vamos! Ya se durmió. (Pequeña pausa.) Por supuesto, que esta quietud arrulla el sueño... (Se duerme también. A poco, entra Amparo, muy risueño.)

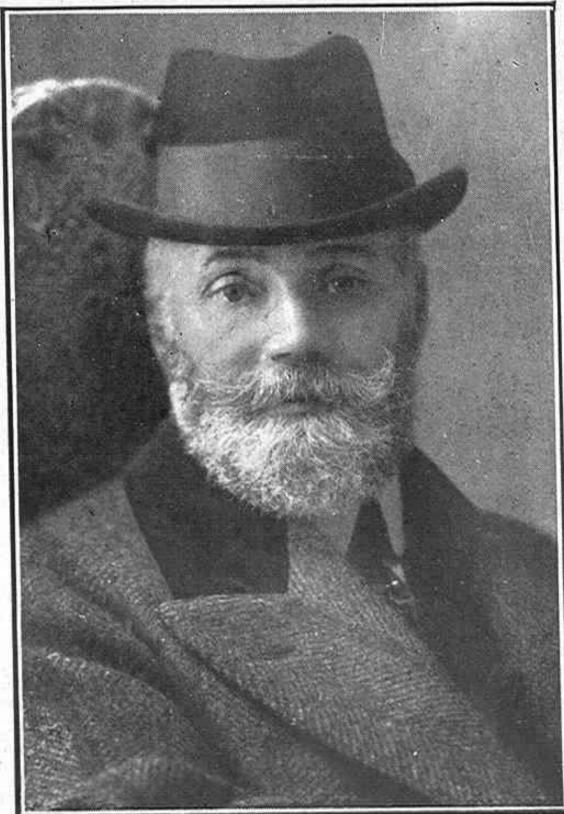
AMPARO.—Se han dormido los dos... (De puntillas, se acerca a sus abuelos, y los besa en la frente.) Pues yo voy a aprovechar este ratito. (Torna a marchar en busca de la ventana, donde el amor la espera.)

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE PENAGOS

LO QUE FUE GASES ASFIXIANTE DE ANTAÑO

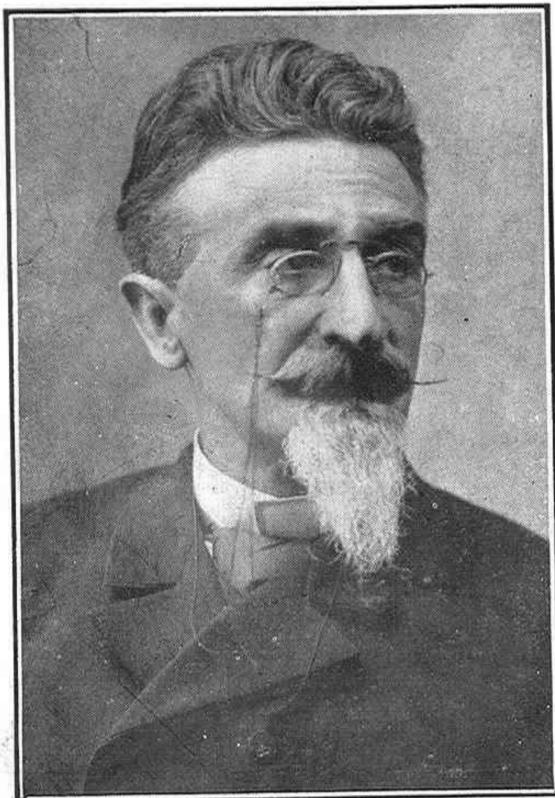
(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



D. ARMANDO PALACIO VALDÉS
(en 1885)

DE esta guerra europea actual que conmueve al mundo entero y arrasa buena parte de la «cultura Europa», que diría el cursi parlante de antaño; de la feroz contienda sobre la que pasan los días y todos se parecen, pues son de estrago, luto, horror y muertes; de la brutal lucha presente en que creyéranse agotados cuantos males existen en la Tierra, no teníamos ni presagios hace treinta y un años, cuando al citar la cuestión de Oriente tomábamos la cita á broma y parecían cicatrizadas las heridas abiertas en Sedán con la memorable rendición y en Versalles con el tratado de paz que dió principio y gloria al Imperio germano.

Y, sin embargo, entonces se habló de unas granadas que al estallar difundían gases asfixiantes. Era un invento belicoso combinado por el propio demonio á juzgar por sus intenciones.



D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Hablaron mucho de él los periódicos, y como las referencias de la terrorífica máquina procedían de los Estados Unidos, se supuso que todo ello era alarde imaginativo del país donde los más audaces empeños tuvieron siempre asiento.

Pasó el tiempo, y de los gases asfixiantes como arma de guerra se habla corrientemente, ahora que la Física y la Química son unas humildes servidoras de Belona. En aquella primavera de 1885 á que aludo no se hubiera conjeturado que pudiéramos vernos como estamos en estos días por causa del conflicto en que las devastaciones y la miseria se pasean como señores por los que fueron territorios de la quietud espléndida y del regalado sosiego.

Entonces decíamos todos de Cánovas que era un regañón y displicente porque á cada caso mostrábase pesimista. Era cuando en Francia, por los reveses de Asia, producíase una honda agitación que dió al traste con el Gobierno de Ferry; era también cuando Bismarck, junto al viejo Guillermo, sonreía plácido, como si la paz europea fuese, cual la del firmamento, eterna y solemne.

Nosotros vivíamos á la sazón en el mejor de los mundos.

En Madrid, en aquel lejano mes de Marzo, se produjo un motín en el Hospital de San Juan de Dios. Estaba el citado Asilo junto á la plaza de Antón Martín, en el corazón de la Corte, como quien dice, y por la calidad y condición de los asilados eran frecuentes en el benéfico lugar los barullos y quimeras. Pero entre los de marca mayor se cuenta el de la época que evoco. Duró un par de días; las enfermas, mujeres de rompe y rasga, levantaron barricadas en las salas y hombres tan autorizados como el Gobernador de entonces, D. Raimundo Villaverde, tuvieron que sostener parlamento con las rebeldes.

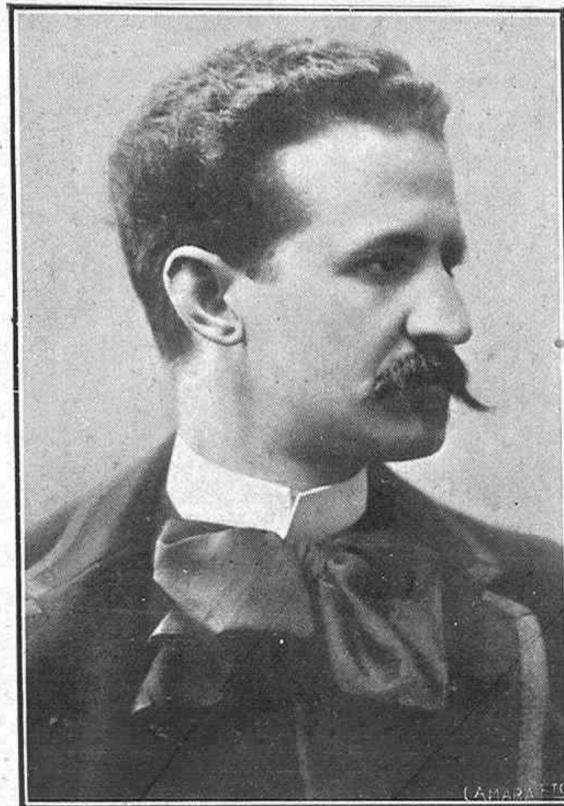
Entre los que más contribuyeron á apaciguar los ánimos de las levantiscas, figuró el doctor Bombín, que era un joven de mucha fama mantenida después y de la que goza con justicia y alegría de todos sus actuales admiradores.

Bien que, aun contrariando á los que dan por muertos á cuantos brillaban hace seis ó siete lustros, todavía luchan victoriosamente escritores famosos en aquellos días. En la primavera de 1885 publicaba Palacio Valdés su obra *José*, y el gran novelista escribe actualmente crónicas de la guerra europea como si fuera un muchacho. Galdós dió entonces á la librería *Lo prohibido*, y ahí está el glorioso literato manejando la pluma con el ímpetu de un principiante; en la sazón á que aludo entregaba Picón al juicio de todos su libro *Juan Vulgar*, y son hartos notorias las lozanías presentes del bibliotecario de la Española.

Recuerdo que en aquel mes de Marzo, cuando cundían por España los efectos producidos por los acontecimientos literarios que acabo de citar, hubo otro memorable: Pereda mostró á la admiración española su incomparable *Sotileza*. Un joven impetuoso de aquella fecha y que ahora muéstrase templado y circunspecto, José Zahonero, escritor ilustre que ha presenciado impávido la muerte de su popularidad, dió también mucho que decir con una novela suya titulada *La Carnaza*.

Vimos por última vez á la famosa Teodora Lamadrid, que en una función benéfica interpretó *La rica hembra*. D. Eugenio Sellés estrenó *La vida pública*, y le llamaron audaz y agresivo por escenas que ahora parecerían pacatas; obtuvo Echegaray un gran triunfo en *Vida alegre y muerte triste*. ¡Qué noche la de la primera representación! Entre el drama, que tenía todos los rasgos del insigne autor, y Vico, que se encontró con un papel digno de sus arranques, nos enloquecieron bravamente. Y por cierto que ahí está Echegaray, el triunfador de nuestra juventud, ocupando en activo un lugar al que no llegarán muchos, si es que llega alguno, de los que ahora hablan con despego de la vejez.

La afición musical ya cundía entonces de tal suerte, que en el primer concierto de aquel año hubo un alboroto tremendo porque los de la entrada general del teatro circo del Príncipe Alfonso invadieron las butacas y palcos para no asfixiarse. Tal fué el gentío que acudió á la fiesta, en la que se interpretó *la novena* de Beetho-

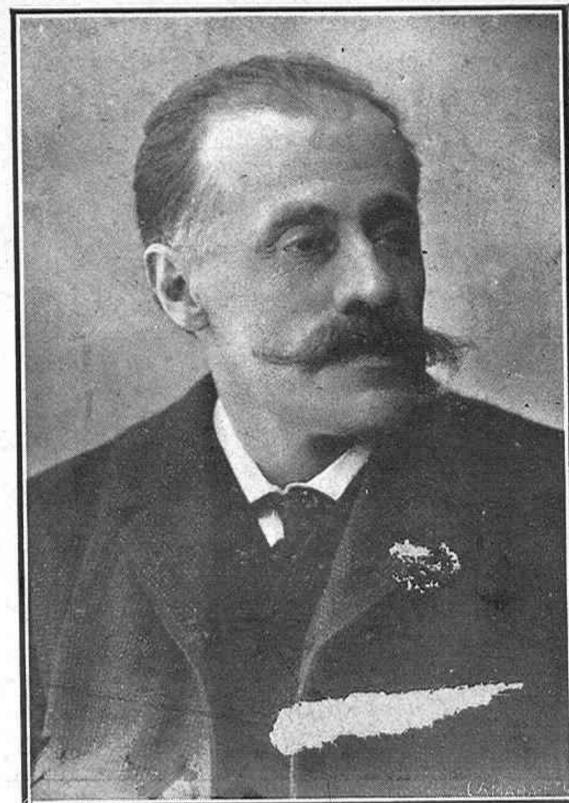


D. JACINTO OCTAVIO PICÓN
(en 1887)

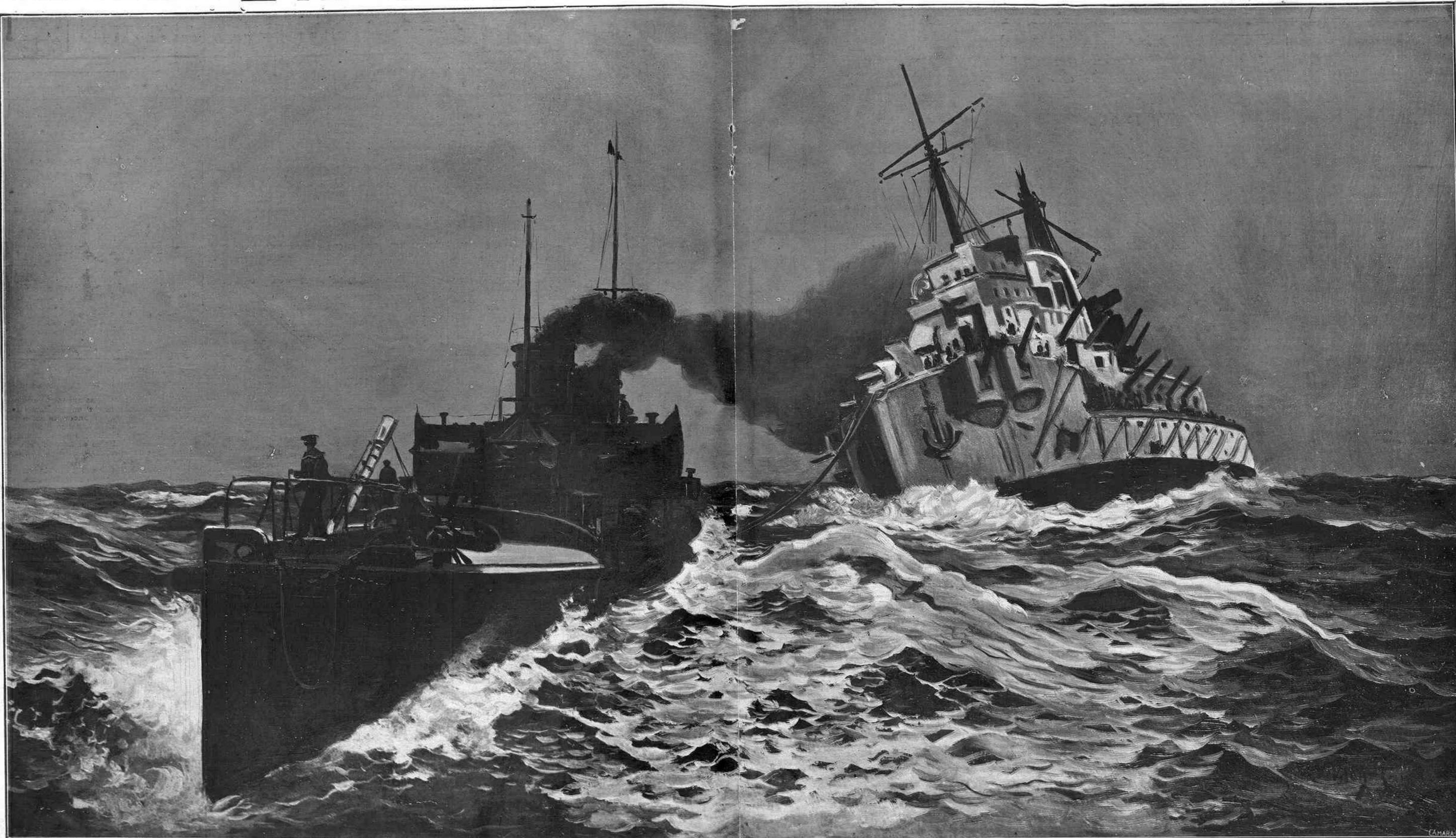
ven, cantando los coros los alumnos del Conservatorio. Felipe Espino, el músico castellano muerto ha poco, dirigió entonces un concierto interpretado por la Unión Artístico-Musical, y una compañía italiana, dirigida por Emmanuel, estrenó en España el drama de Sardou *Fedora*, que después se ha representado por todos nuestros cómicos de valer.

Días lejanos aquellos en que María Montes soliviantaba á los espectadores cantando *soleares* y Felipe Ducazal se hacía popular y queridísimo maldiciendo de su suerte. Los empresarios actuales no maldicen de nada. Dejan encomendada al público tan desagradable misión.

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRÍGUEZ



D. JOSÉ ZAHONERO



UN TORPEDERO INGLÉS REMOLCANDO A UN ACORAZADO QUE RESULTÓ CON AVERÍAS EN UNO DE LOS ÚLTIMOS COMBATES

Dibujó de R. Verdugo Landi

NEO
BIBLIOTECA
MADRID

LOAS DE ESTÍO ELOGIO DEL PUESTO DE AGUA

Ha de ser el clásico aguaducho. Ese tan español que tiene su abolengo en el primer cuadro del «Don Alvaro».

Bien que aquí no es menester el agua de Tomares. Bastáranos con la de la fuente del Berro, que tiene un viejo prestigio augusto. Pero además tenemos en Madrid dos ríos que bebernos: el Manzanares y el Lozoya, que todos los días trae generosamente hasta nosotros su caudal, y prestamente desaparece íntegro en el vientre de la ciudad.

El puesto de agua que merece el elogio es el tradicional. Y por desdicha, al par que un elogio, ya va mereciendo una elegía. Ya se ha establecido el bar al aire libre. El aguaducho y su compañero, el puesto de horchata y de limón y de agua de cebada, llevan ya, sobre todo el primero, una vida vergonzosa y vergonzante. El puesto de agua se esconde, se siente tal vez mezquino y apenas si queda alguno que otro, como el recuerdo de otra edad.

Hace ya unos años, cuando este pobrecito siglo comenzaba, las autoridades decidieron que el puesto de agua, a pesar de su misión acuosa y refrescante, era como una embajada del infierno y representación de su protorvo fuego. Las aguadoras, guapas y pintureras mozas ellas, fueron estimadas como enemigas de la salvación del alma de los ciudadanos.

Recientemente, los directores de la vida española habían perdido las colonias y el decoro español; pero todo esto importaba poco. Lo interesante era que no se perdiesen las almas de los españoles.

Y el puesto de agua, ennoblecido por una música de Chueca, más grata que *La marcha de Cádiz*, recibió el golpe de gracia, que, como ya se sabe, es el de la desgracia definitiva.

Pero el puesto de agua había tenido una importancia histórica. Recuérdese el puesto de la Canuta, en el paseo de coches del Retiro, entre la estufa de Salamanca y el Ángel caído. Allí se sentaba D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, a beber agua con azucarillo y a departir con la aguadora, que era una moza garrida. El parroquiano duró poco. Aquel mismo verano le mataron en Santa Agueda.

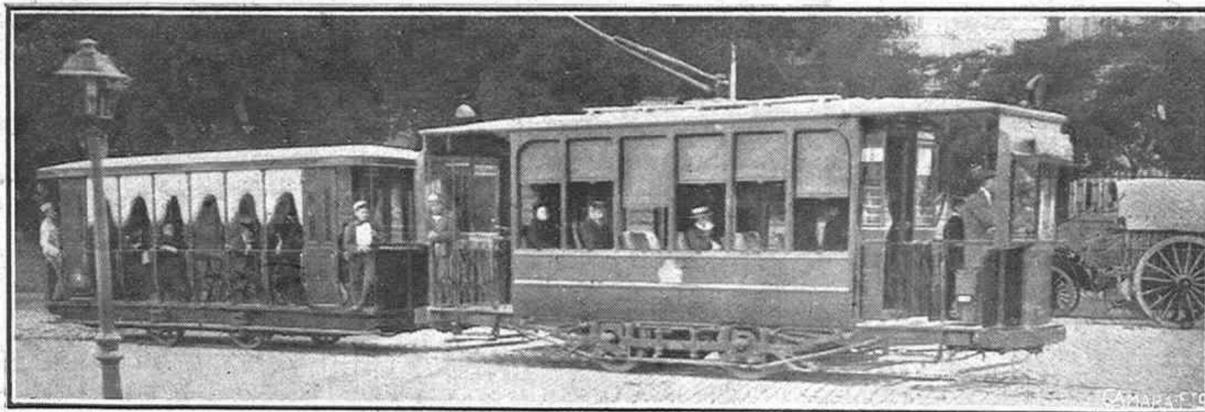
Entre tanto, en Recoletos y en el Prado se sucedían en larga fila, y distanciados por pocos metros, los puestos de agua, que no tenían más aparato que un aparador de madera tosca barnizada de blanco y cubierto por un tejadillo de zinc. Los madrileños jaraneros y tenorioscos pasaban en ellos las veladas en vez de entrar en los Jardines ó en el Príncipe Alfonso, que eran los lugares de espectáculo que quedaban por aquellos contornos, de los que habían desaparecido el teatro de Recoletos, que estaba al comienzo de la calle Olózaga, el Felipe, contiguo a la verja de los Jardines por la parte del Prado, y el Circo Hipódromo y teatro Trívoli, que ocuparon sucesivamente igual emplazamiento en el sitio donde hoy se alza el hotel Ritz.

Y todo pasó a la historia. Pasaron nuestras grandezas y los puestos de agua. Aún queda alguno allá cerca de Trajineros ó escondido entre las frondas de la plaza de Oriente. Pero sintiendo su mezquindad ante los kioscos modernos, luminosos y avasalladores. Porque mientras el aguaducho ostentaba humildemente a su lado una mesa de madera, y hasta dos en caso de



Un puesto de agua y refrescos en el paseo de Recoletos. (El más viejo que existe)

opulencia, el kiosco de ahora aparece como un monstruo extraño que a pesar de su cuerpo esbelto está preñado de una cantidad sin fin de veladores y de sillas que en un momento dado comienzan a desparramarse por la acera y por el arroyo y por el jardincillo de la plaza cercana y se siguen extendiendo, extendiendo, y estorbando, estorbando hasta el infinito.



El tranvía del Hipódromo

ELOGIO DEL TRANVIA ABIERTO Y DEL BANCO DEL PASEO

La manuela es individual y aristocrática. Representa un satánico deseo de ostentación y orgullo. El tranvía es colectivo y democrático. En invierno, cuando los tranvías son cerrados, las gentes cumplen un precepto sociable dándose calor unas a otras. En las plataformas, aun en las horas más crudas de Enero, va siempre



Un banco con gente seria y reposada

FOTS. SALAZAR

también una considerable concurrencia; pero acaso la preside una fatal concupiscencia que puede revestir diversos aspectos, todos ellos lamentables para la víctima. El reloj que vuela, la cartera con alas, la señora que mal contiene un grito porque ha sentido cerca de ella el paso de una mano misteriosa, la otra señora que en vez de contener un grito dibuja en su rostro una sonrisa de gratitud que no se sabe para quién es.

En esto, en las escenas de la plataforma, todas las estaciones del año son iguales. Por algo las plataformas son siempre abiertas. Así se indica que constituyen lugares de libertad y de expansión, aunque ya no quepan en ellas mayor número de viajeros. Pero con la plataforma, sea también cualquiera que fuere la estación del año, no se debe contar. Entre los guardias y los empleados del tranvía se bastan y se sobran para ocuparlas todas.

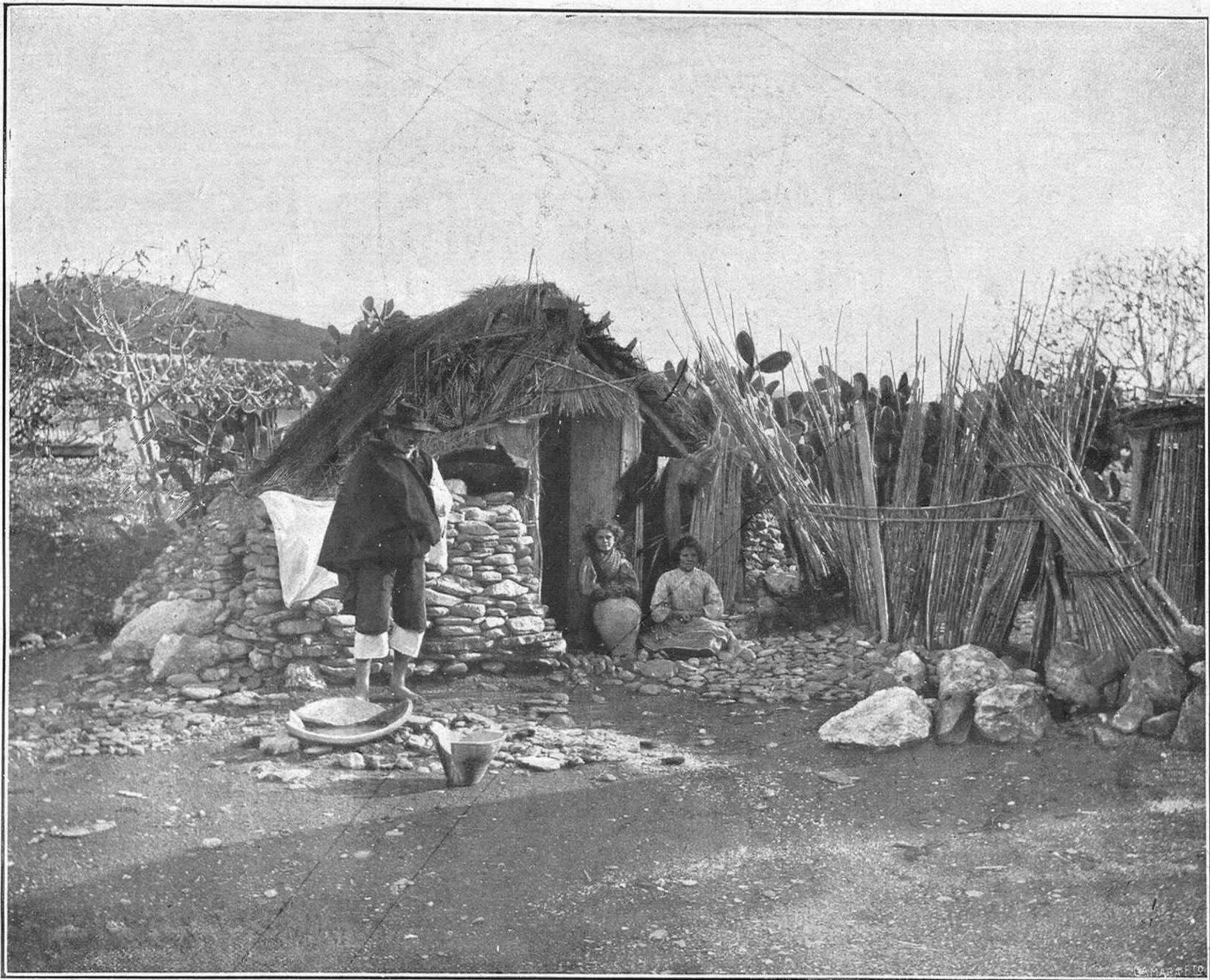
El tranvía abierto posee un abandono oriental y femenino. Una molicie señorial. El no hará el esfuerzo brutal para arrastrarse y avanzar. Un pesadote tranvía cerrado que va delante de él cumple esta misión de fuerza. El tranvía abierto, blanda y gallardamente, no tiene más que dejarse conducir. A veces, al aire que el mismo mueve, ondulan las cortinas de lona que visten sus costados, y se hinchan y flamean como banderas de un carro triunfal ó como el múltiple velamen de un extraño navío.

El viajero del tranvía abierto, si ha tenido la suerte de situarse bien, lleva el jardín al lado. Bien concurra a la línea de las Ventas, donde a pesar de haber sido cegado el Abroñigal, seguirá percibiendo tan malos olores como antes, bien si como persona de mejor gusto toma el tranvía de la Moncloa, como si entra en el más bullicioso que le conduce al paseo de Rosales, siempre podrá llevar a su vera la alegría estrepitosa, deshecha en continuas y cristalinas carcajadas

de unas muchachitas que han pasado el día encerradas en la casa familiar ó en el taller y van derrochando su alborozo ante el encanto del aire libre. Pero el tranvía es un lujo, y la misma silla de Recoletos, que es el asiento del señorío del quiero y no puedo y de las niñas de la media almendra, es un lujo también. Hay para las noches de verano un esparcimiento más módico. El banco del paseo. Sus ocupantes son por lo general gente humilde y solitaria. Rara vez el banco, sobre todo cuando el paseo está luminosamente vestido de blanco por la maravilla de los arcos voltaicos, acoge el pasajero descanso de las parejas de novios que pronto desaparecen en busca de la grata y discreta penumbra.

En tratándose de paseos que se hallan bajo el beneficio del alumbrado público, los bancos acogen por lo general a gente vieja y comunicativa que hace inmediatamente amistad y no tarda en llegar a la mutua revelación de sus intimidades. Son gentes sencillas que abandonan el banco poco antes de las once de la noche para llegar a casa cuando no hayan cerrado todavía el portal y la tertulia callejera y vecindona, de la que ellas quieren huir, comienza a dispersarse. Entonces el banco que dejaron suele quedar vacío hasta que al extinguirse los faroles ofrece su hospitalidad al vagabundo, al borracho ó al desesperado.

PEDRO DE RÉPIDE



Una choza de pescadores en Málaga

Al rodar de las olas

ANTONIO.—Es curiosa su observación, pero inexacta... Precisamente son las tierras y las gentes marinas por excelencia aquellas de Levante...

JUAN.—No lo dudo, y ahí está la historia del Mediterráneo... Sin embargo, ¿no conviene usted conmigo en que al lado de un pescador del Norte los del Mediodía no lo parecen, ni mucho menos? Ni la sotabarba, ni los característicos impermeables, ni las altas botas de cuero, ni la clásica pipa, ni la piel cuarteada, ni los largos relatos de hazañas enormes...

ANTONIO.—Olvida usted que el Mediterráneo es el mar de las sirenas... Todo allí está dulcificado, se suaviza...

JUAN.—Mire usted... Me contaba en una ocasión Pío Baroja, el gran novelista, que una mañana no salieron de pesca unos pescadores allicantinos porque á lo lejos se divisaba una nubecita negra... Y el agua y el cielo se hallaban suavizados en una helénica serenidad...

ANTONIO.—Sí, los remeros vascos hubiesen desafiado la galerna...

JUAN.—Y esa es la misión del marino... Lo demás es bueno para una ópera.

ANTONIO.—¿Me permitirá usted que le diga cómo hay más tradición en la redada malagueña que llaman el *copo*, que en las cantábricas, to-

cadas de industrialismo? Los jabegotes de la áurea arena andaluza heredaron hasta las actitudes de los mármoles griegos, y en el trabajo se animan cantando... Viéndoles revivimos la edad dorada... Son más ingenuos...

JUAN.—Otra, que también es buena... Presumir de ingenuos los levantinos...

ANTONIO.—Y lo son más que la gente de los países brumosos... Mire usted, allí la tierra es pródiga, y fácil y generoso el mar... Ya tiene usted que no hay que ingeniarse mucho para vivir, y que el hombre no necesita andarse con estrategias para lograr su nutrición y hasta su regalo... Después tenemos un aire luminoso, diáfano, que no enmascara ni deforma los objetos, que no engaña... Yo veo una Venus de piedra en una estatua y al aproximarme no me desmiente la realidad... Reconozca usted que así se aprende á no desconfiar..., á ser espontáneo, ingenuo... Porque no se teme el fracaso... Por último, el sol hace palabreros á los levantinos; ¿cómo, entonces, poder disimular tan obstinadamente, horas y horas, días y días?

JUAN.—¿Va usted á desposeer á los mediterráneos de su gloriosa ascendencia de Ulises, el astuto?

ANTONIO.—El prudente, que no es lo mismo... Pero déjeme usted seguir el paralelo... En las

tierras de niebla y lluvia nada se ve con claridad, hay que avanzar con recelo... La gente no habla... Se vive en los interiores, y dentro de las casas en lo más hondo de nuestro pecho... ¿Comprende usted? El mudo voluntario es desconfiado... ¿A quién la palma de la ingenuidad?

JUAN.—A mí, si le diese á usted la razón... ¿Había sirenas en el Mediterráneo porque había sofistas en sus orillas, ó al revés?

ANTONIO.—Pregúnteselo usted á las caracolas... Es lo único que queda de los tiempos felices...

JUAN.—Quedan también sus pescadores y marinos, dignos de un Teócrito del agua.

ANTONIO.—Pasan esos tiempos felices y la infelicidad permanece... ¿Se explica usted cómo los labradores y los pescadores, los verdaderos hijos de la tierra y del mar, son sus desheredados?

JUAN.—Para responderle habría que oír otra caracola, y ésta produce un rumor difícil de descifrar...

ANTONIO.—Y es...

JUAN.—La sociedad.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

FOTOGRAFÍA DE OSUNA

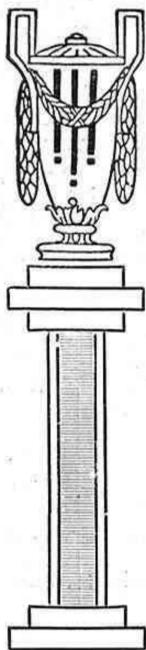


YACHTWOMEN

Cual corona de nieve, tu cabeza rizosa ostenta las alburas de la gorrilla airosa, bajo la que se escapan los anillos de oro de tus crenchas, que amante va acariciando el viento, que, al llevarse en sus alas el eco de tu acento, se lleva el más suave y armónico tesoro.

¿Qué deleitoso eco en tu canto resuena?
¿Qué celeste misterio encierra tu garganta, semejando que un sér divino es el que canta?...
¿Es, acaso, que eres modernista sirena, que á náufragos de amor atrae y encadena al imán de tu voz, que seduce y encanta?...

Yo, al escucharla, fui por ella seducido.
Y, al verte por el río en tu esquife remando, al compás de los remos, seductora entonando esa canción de ritmo que otra vez hube oído, pensé te conocía, mas luego he comprendido que te he visto otras veces, ¡pero ha sido soñando!



Sí; yo he visto ese rostro, y esos rizos de ondina, y la sonrisa ingenua de esa boca perlina, y de esos claros ojos, de violeta, el mirar.
Sí; yo he visto ese talle, que la «jersey» modela, y esos senos que pugnan debajo de la tela, como presas palomas que quieren escapar.

Y, por tanta belleza, soñando, he suspirado.
Y, al volver del ensueño, mis ojos han llorado por la adorada imagen que se desvanecía...
Por eso, al verte ahora, celestial y terrena, cual te soñé, mi alma de alegría se llena, viendo, al fin, realizarse lo que fué fantasía.

Llévame, pues, contigo en tu esquife ligero, del que yo sea el único y amado marinero, y te juro seguirte dondequiera que fueres...
Pero, leal, te advierto que si el timón me entregas, aun yendo por el Támesis, te aseguro que llegas á la encantada isla de la Diosa Citeres...

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

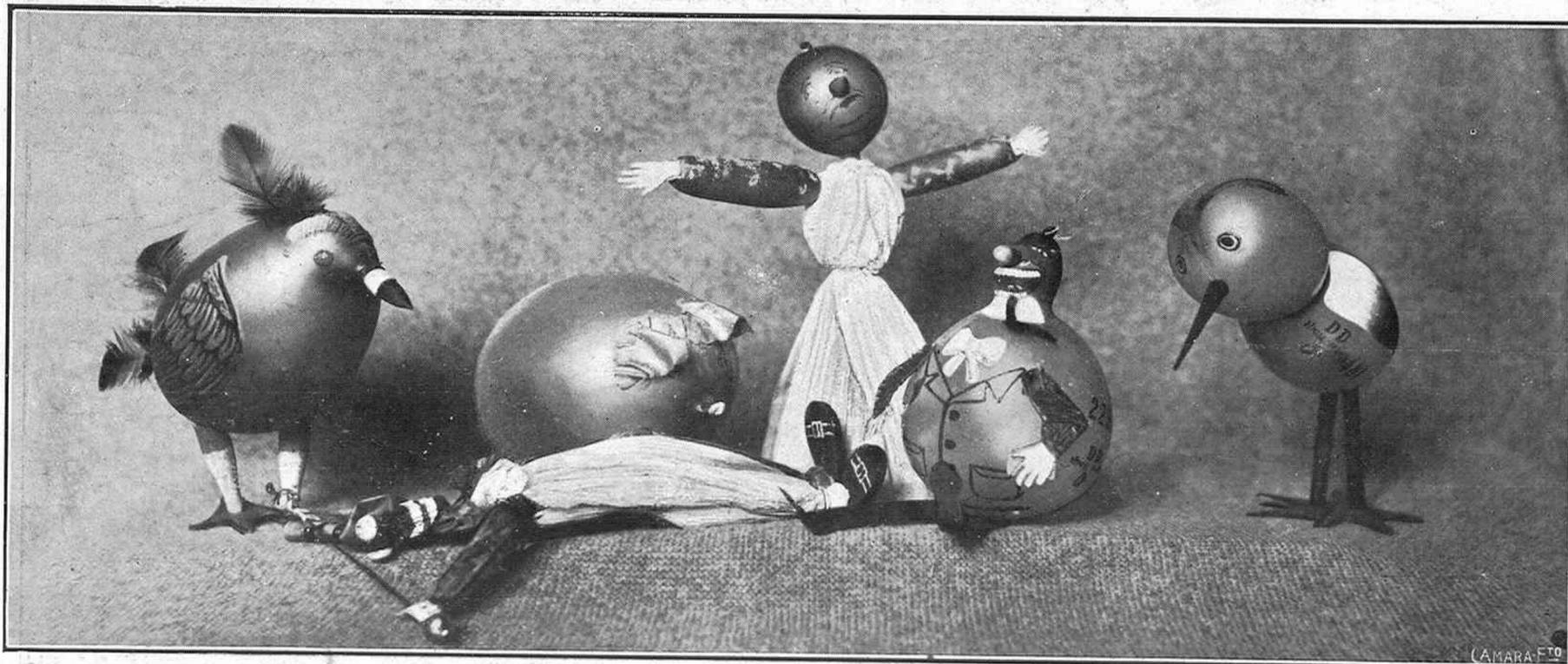
LAS CIUDADES DE LA GUERRA



LA TORRE DEL RELOJ, DE SPIRE

APUNTE DEL NATURAL POR BRUNET

PARA LOS CHIQUILLOS ❖ EL QUE INVENTÓ LOS BALONES



Globos imitando personajes grotescos y animales

PARA contarles la triste historia de los pajarillos que huyendo del frío habían quedado presos y encontrado la muerte, en la panza del caballo de bronce que sostiene á Felipe V en los jardinillos de la plaza de Oriente, el poeta Hartzenbusch, convocaba á los chiquillos diciéndoles:

«Niños que de seis á once tarde y noche alegremente, jugáis en torno á la fuente..., etc.»

Con un llamamiento tan sencillo y candoroso les reuniría yo frente á esta página para narrarles,

una historia muy de veras y de las más lastimeras que circulan por Madrid...

No sería la mía una leyenda imaginada, de escasa enseñanza, aunque se la acabara con su tradicional moraleja, sino una lección de las muchas que los rigores de la vida nos ofrecen. Lecciones de éstas debieran menudear los maestros de escuela á sus discípulos. Son, en realidad, aquellas lecciones de cosas de que hablara Froebel.

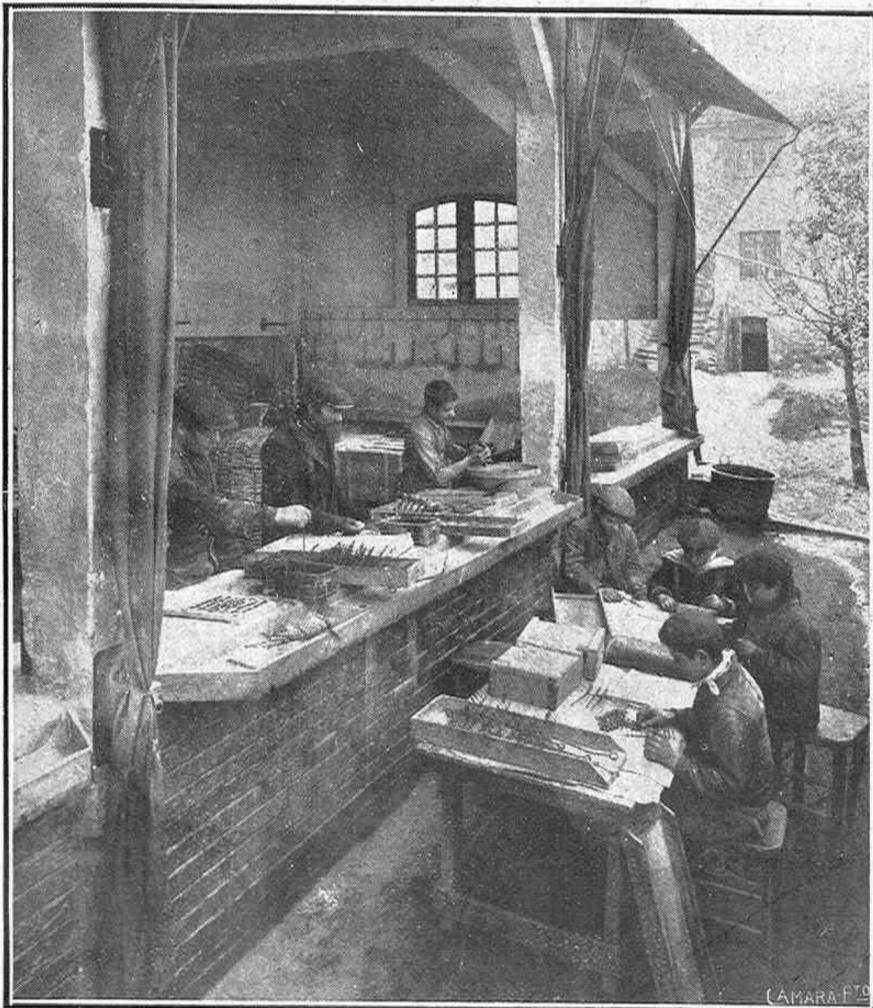
Por allá va, dando vueltas por la plaza de

Oriente, la mujer de los globos. Por veinticinco céntimos vende á los chiquillos un balón verde, azul, rojo ó violeta, que inflado con gas del alumbrado, ascenderá cuanto le consienta el largo ó el peso del hilo que lo sujeta. La misma bombilla de caucho, con una boquilla de madera, que pita sola, ha servido á los fabricantes modernos para desatar su fantasía; hacen cerditos, pavos y hasta homúnculos, que, al desinflarse parecen agonizar. Un maestro podría hablar á sus discípulos de cuanto hay que hacer para producir esos balones; desde la labor de la Naturaleza, produciendo las lianas del caucho en los bosques inmensos del Brasil ó del Congo belga, hasta el trabajo del hombre ayudado por una compleja y múltiple maquinaria. Podría hablarles también de cómo el trabajo humano convierte en riquezas y en pan los objetos más baladíes, porque esa industria de hacer globos que vuelan ó balones que pitan y que ha entrado recientemente en el número de las producciones utilizadas por los anunciantes, fabrica cada año muchos millones de esa nonada y sustenta á millares de obreros.

Pero algo más instructivo y más educador puede enseñarnos esa viejecita que gana unos céntimos al día vendiendo sus globos colorinescos á la chiquillería en la plaza de Oriente ó en la puerta del Retiro. Podría contarlos, si la supiera, la triste historia del inventor de esos juguetes, que tan gran servicio prestó á la industria, haciendo posibles las mil aplicaciones que hoy tiene el caucho. La goma del *Hevea guayanaensis*, con parecer una cosa admirable y única entre los productos de la Naturaleza, no servía para casi nada. En el Brasil, donde se producía, se empeñaban en fabricar zapatos, pelotas y otros artefactos, pero tenían un olor desagradable, perdían toda flexibilidad con el frío, se grieteaban en seguida, rechazaban toda coloración y los mercados de Europa rechazaban aquellos productos. Un industrial yanqui, llamado Carlos Goodyear, anunció un día que había resuelto el problema de hacer útil el caucho, dándole las dos cualidades que necesitaba: elasticidad completa é impermeabilidad absoluta. Su procedimiento era un secreto, guardado de tal modo que no quiso sacar la patente de su descubri-



Máquina con que se inflan los globos, en una fábrica de juguetes de esta especie



Un taller de accesorios para los globos, al aire libre



Coloración y pintura artística de los globos

miento para que no se descubriese nada de él. No utilizaba sino obreros que le inspiraban absoluta confianza, y en estas condiciones comenzó á enviar á Europa sus productos. Ocurría esto en 1842, cuando aún era débil el movimiento industrial de los Estados Unidos y toda la pujanza comercial radicaba en Inglaterra, y, en segundo término en Francia.

Entrevió Carlos Goodyear el ensueño de ser millonario. De todas partes le pedían sus chanclos para la lluvia, que fué uno de los primeros objetos que fabricó, y cuando se disponía á montar una gran fábrica, en unión de socios capitalistas que había encontrado, un inglés, Tomás Hancock, que ya se dedicaba á industrias de caucho en Nevington, cerca de Londres, le descubrió el secreto y le dejó sin compradores.

¿Cómo averiguó el procedimiento? Quemó unos chanclos y analizó las cenizas, comprobando la presencia de sulfato y de carbonato de plomo. Luego destiló el mismo caucho y encontró azufre en los productos de la destilación. Así, de operación en operación, no sólo descubrió el secreto de Carlos Goodyear, sino que lo mejoró logrando trabajar el caucho sulfurado á 170°, temperatura que le da todas sus admirables cualidades. Como el inventor no había sacado patente, Hancock se apresuró á hacer suyo el descubrimiento, y además, le dió un nombre que se ha perpetuado, aunque los filólogos queden sometidos á una lamentable duda. No se sabe si quiso llamar á su procedimiento *vulcanización* ó *vulcanización*. Vulcanización, recordando los vapores sulfurosos que lanzan los volcanes, ó vulcanización aludiendo á la mitológica fragua de Vulcano, en el seno de la Tierra. El comercio y el uso adoptaron esta segunda desinencia.

El hecho es que Goodyear se encontró con que sería perseguido ante los Tribuna-

les, como falsificador y estafador si enviaba sus productos á Inglaterra. Perdido así el mercado de Europa, los socios capitalistas que aquél había encontrado se negaron á mezclarse en el fracasado negocio. Y el inventor, el verdadero inventor, el que había encontrado en el azufre y el calor las calidades que le faltaban al caucho, se encontró en la mayor pobreza. Con sus últimos ahorros, hizo un viaje á Francia, intentando reunir allí elementos para competir con el suplantador inglés. En París contrajo deudas; un acreedor impaciente lo denunció á los Tribunales y el pobre inventor fué á dar con sus huesos en la cárcel de Clichy. No pararon aquí sus desdichas. Un hado fatal le perseguía.

Era un amanecer caliginoso en pleno verano. Desvelado con sus preocupaciones y sus adver-

sidades Goodyear, se levantó, abrió la reja de su celda y asomado á ella se puso á respirar el aire fresco del alba. Pero esto, estaba severamente prohibido por el reglamento. El centinela ordenó á Goodyear que se retirase. El inventor no sabía una palabra de francés y no entendió aquellas voces. El centinela disparó su fusil y Goodyear cayó muerto. Mientras tanto, Tomás Hancock hacía rápidamente una enorme fortuna.

Y si á esta tremenda lección de la Fatalidad no pudiéramos deducirle una buena moraleja, los niños podrían deducir otra de este otro hecho. Asistimos á la vulcanización de los balones de los globos que vuelan, los cerditos que gruñen y los pajaritos que silban. Vemos unos obreros que van sumergiendo las hojas de caucho en un baño de sulfato de carbono. Las tienen allí dos minutos escasos y las llevan al secadero. No podemos resistir las emanaciones que se desprenden de aquel baño. Sentimos dolor de cabeza y paralización de los miembros. Aquellos obreros nos dicen que durante el sueño les acometen terribles pesadillas, que han perdido completamente el apetito y que, aunque para combatir la intoxicación beben gran cantidad de leche, cada mes tienen que descansar unos cuantos días y respirar aire libre para ahuyentar al demonio de la anemia que los ronda y que acaba por clavarles sus garras y matarlos.

Así, «... niños que de seis á once tarde y noche alegremente, jugáis en torno á la fuente...» ved cuánto dolor hay en esos globos rojos, azules, verdes y violetas, que lleva cautivos la viejecita que vocea su mercancía en la plaza de Oriente ó en la puerta del Retiro. ¡Y eso, sin hablar de aquellas espantosas crueldades que en el fondo de los bosques del Congo se comían con los pobrecitos negros!...

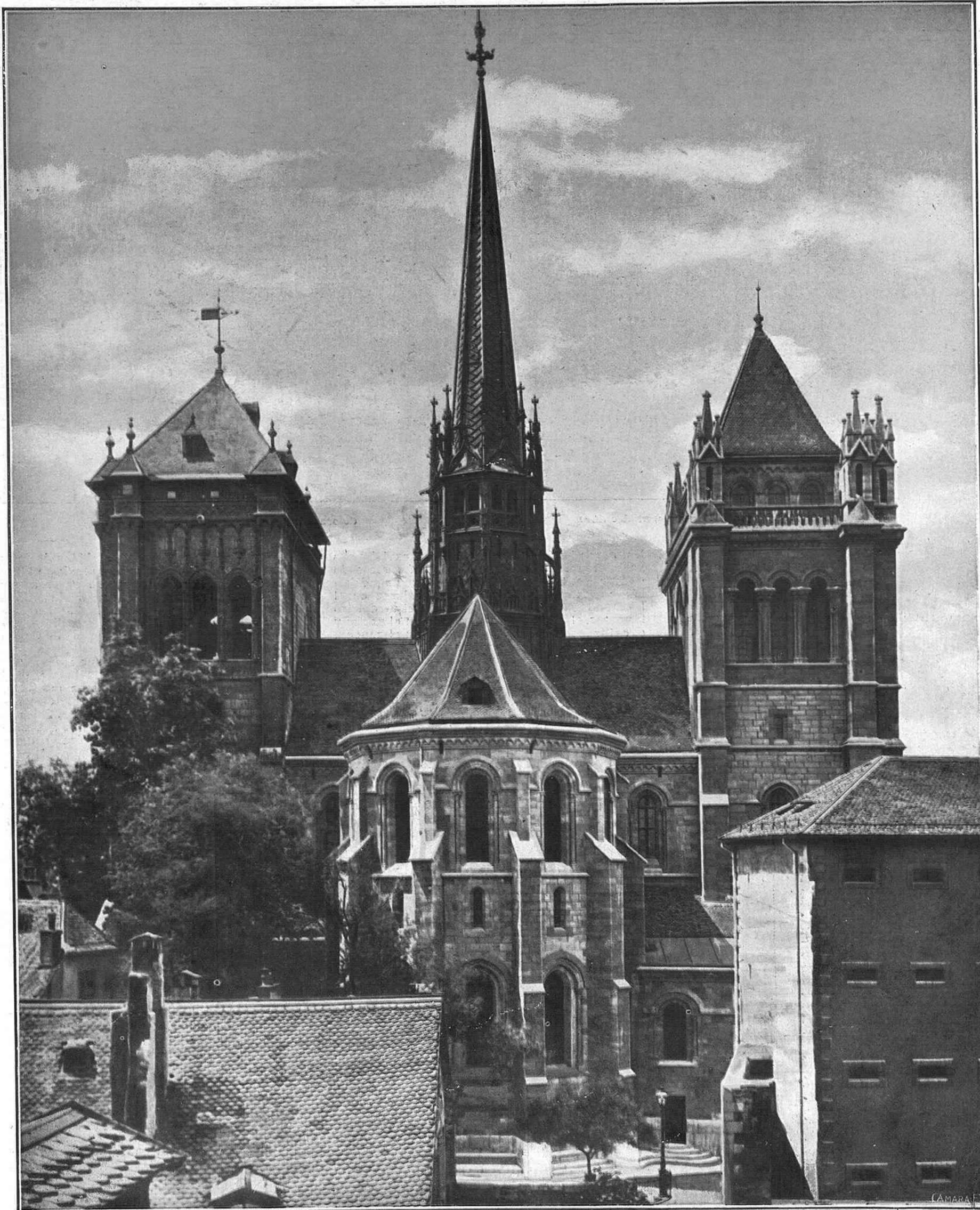
AMADEO DE CASTRO



Vendedora de globos en un paseo público

FOTS. BOYER

SUIZA MONUMENTAL



EL TEMPLO DE SAN PEDRO, EN GINEBRA

FOTOGRAFÍA DE WEIRLI

CAMARA F.C.

LA RUA SILENCIOSA

HOY estuve triste, amigo mío. Fué en esta calle de Alcalá, que tú no conoces, á la hora en que la dulzura del crepúsculo es ahogada en clamor y en el súbito incendio que se alza de la ciudad á los cielos. La hilera de tranvías formaba un solo gusano de luz: como si fuese el hábito y el sudor del gentío, una niebla enrojecía el resplandor de los focos; de algún trozo de mica, incrustado en los adoquines, se escapaba á veces un hilillo luminoso, como si el fuerte calor del sol que abrasó la calle todo el día, estuviese aún allí, recogido, bajo la pétrea apariencia. Y entre la muchedumbre y el estrépito, esa melancolía que vaga siempre, insosepechada y muda, por los lugares de bullicio, me encontró y me siguió con el mirar apenado, con el andar silencioso de un perro vagabundo que acompaña á un noctámbulo hasta su hogar.

Y he tenido la añoranza de esas calles de nuestra ciudad lejana; las calles silenciosas de los barrios antiguos, calladas bajo el templado sol y entre las sombras de la noche, donde lo inanimado parece vivir y una misma ráfaga llegada del mar, cargada del aroma del mar, pasa en los crepúsculos y peina las enredaderas que caen de los tejados humildes y recibe el mismo saludo reverente del sauce que asoma sobre la tapia de un convento de clarisas.

¡Viejas calles amadas!... Todas las viviendas tienen cerrados sus balcones y crecen en ellos las manchas del liquem. Uno había entonces abierto á las horas de la mediatarde, cuando las vías se llenaban de un suave rumor; uno sólo se abría y se sentaba una ancianita y estaba inmóvil junto á los hierros manchados de orín, hasta antes de que el primer murciélago se descolgase de su refugio del convento para ensayar sus giros en el aire azul. Estaba inmóvil oyendo el rumor y viendo pasar las nubes.

Cuando el viento traía los ecos de las grandes vías distantes, el rumor gentilicio semejaba rumor de mar. Cuando el mar batía reciamente los cantiles, llegaba allí su estrépito semejante á un atenuado clamor de multitudes. La viejecita no de-

bía de saber nunca cuándo era la voz de los hombres y cuándo la voz de las vivas aguas. Oía el rumor y miraba las nubes. Si el cielo fuese siempre azul, si las nubes fuesen clavadas en él, abandonadas por el soplo infatigable é inmenso que las empuja, la viejecita iría muriendo de

ó la del convecino muerto en tierras de América sin cumplir los votos hechos á la Virgen de Pastoriza.

¡Oh, cómo se asustaban las hembras; cómo se asustaba, sobre todo, la hermosa mujer del patrón de la *Joven Ana*, que dormía sola mientras su marido se dejaba mecer por las olas en el negro mar!... El capellán de las clarisas sufría entonces mermas misteriosas en su gallinero. Y los vecinos rezaban tras las seguras puertas, y el paseante sentía posarse la angustia cuando se aventuraba lejos de la luz amarillenta del único farol de la calle.

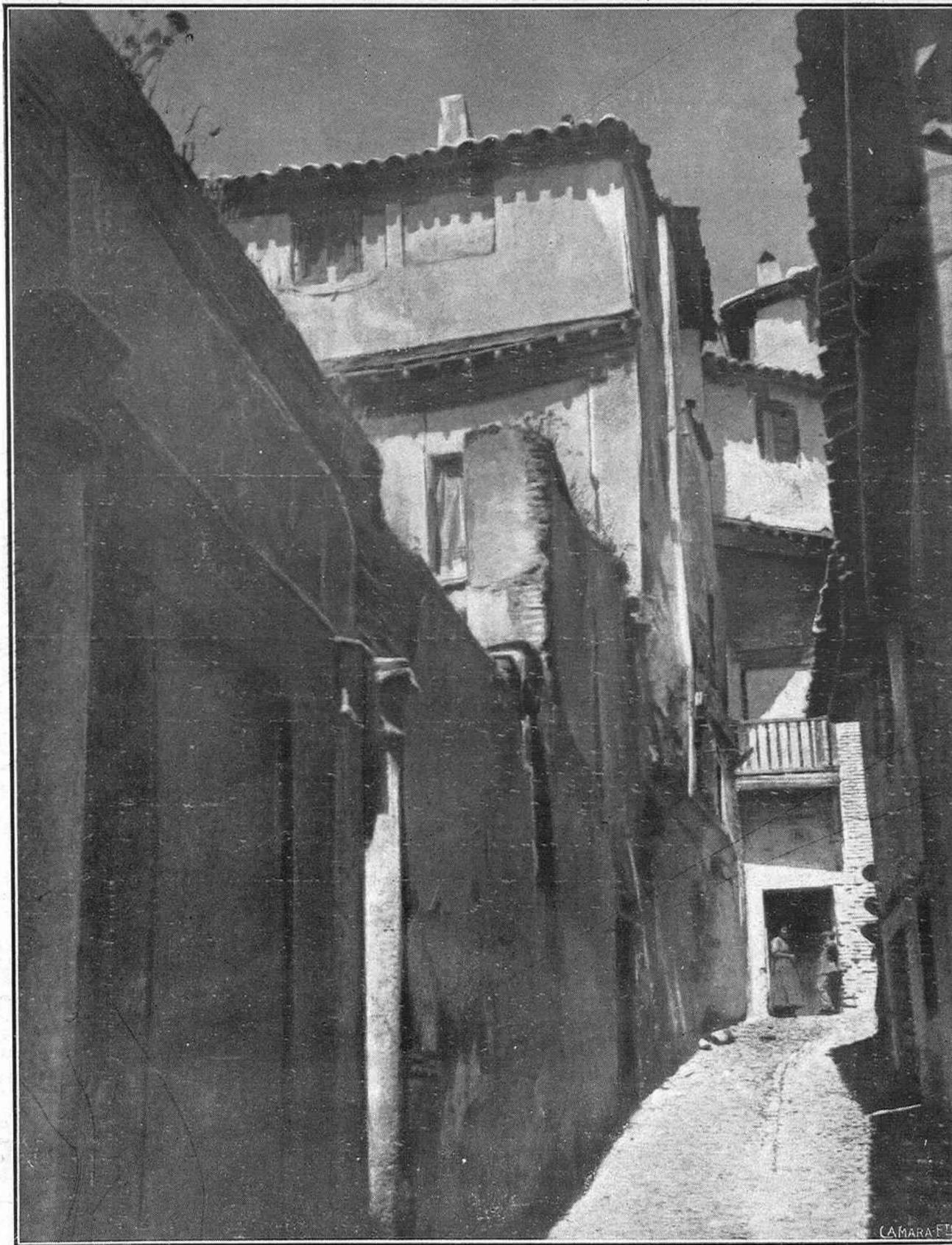
Hoy no hay fantasmas ya. El nuevo capellán no cuida gallinas, y la hermosa mujer del marino murió hace años.

Los fantasmas no han vuetto á arrastrar sus cadenas por aquellos lugares; pero su huella ha quedado en el aire y su sugestión en los espíritus. Aquella casita de la Inquisición, ¿sigue aún en pie?... Nadie sabía por qué se le llamaba así; acaso nadie sabe tampoco por qué en todas las ciudades hay, en una calle vieja y callada, una casita que se llama «de la Inquisición». Los más pobres prefieren dormir sobre las losas que dormir entre sus muros. La casita se va arruinando; en sus ventanas no queda más que un cristal esmerilado por el polvo; el desconchado de sus paredes finge dibujos: caras de hombres, figuras de monstruos, aves absurdas... Los años cubren de enredaderas su tejado... Dentro debe vivir una enorme araña, gorda y peluda, de ojos abultados, longeva,

emblanquecido su cuerpo en la eterna sombra... Hoy estuve triste, amigo mío. ¡Quién, como tú, pudiese ahora recorrer la vieja calle y ser envuelto en la ráfaga que en los crepúsculos llega del mar, y, al transcurrir por la plaza donde existe un crucero, recoger alguna de aquella emoción con que, en la adolescencia, grabamos una inicial en el banco cuya madera ya acorcharon las lluvias!...

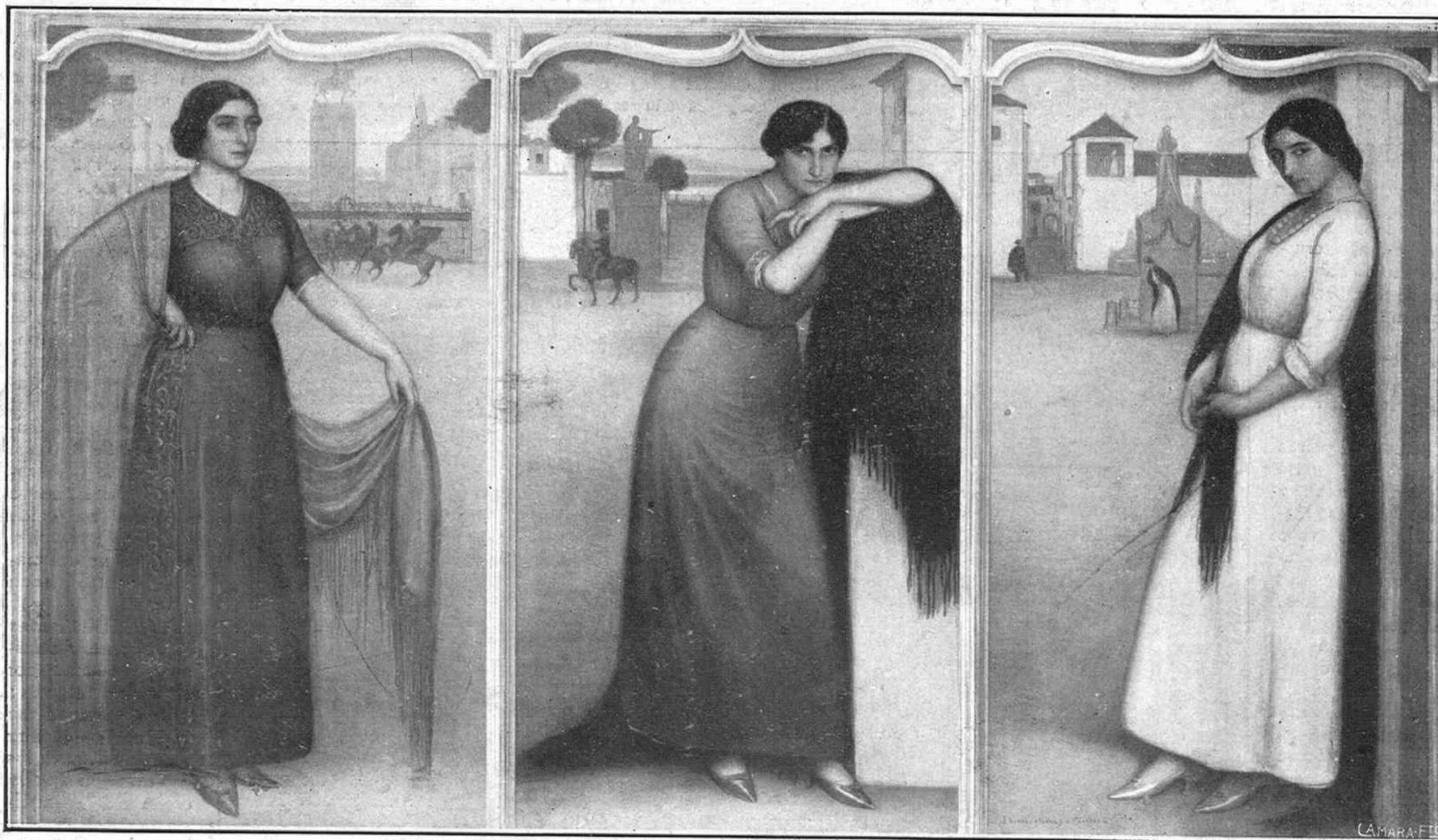
W. FERNANDEZ-FLOREZ

FOT SOL



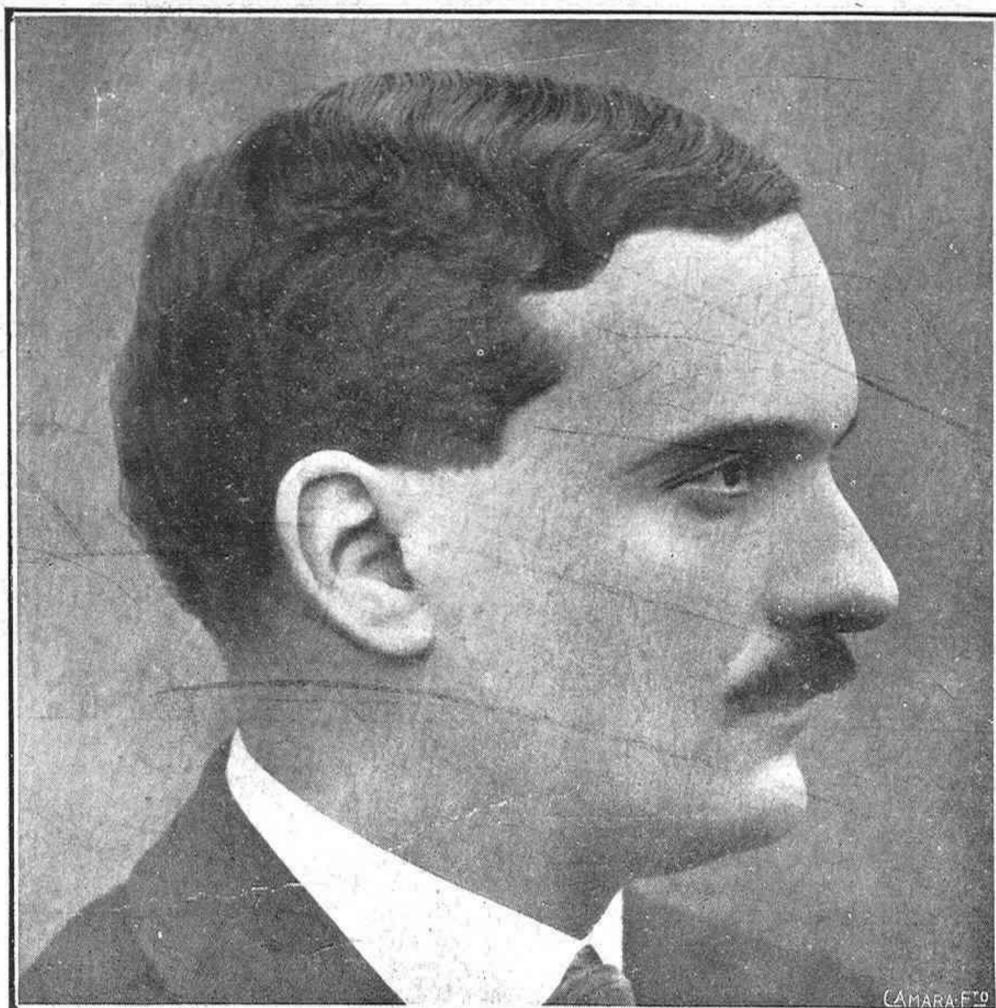
hastío en la perenne inmutabilidad de la calle. Y había también — ¿recuerdas? — un prestigio de torvo misterio en aquel rincón ciudadano. Los fantasmas gustaban de él. Entonces aún había fantasmas, denodados fantasmas á la clásica manera, que corrían envueltos en una blanca sábana, llevando un farol, llevando también una cadena que robotaba ruidosamente en las losas. Solían surgir en las noches de invierno, y todos amaban aquellas ruas silenciosas y muertas. De pronto, se llegaba á saber que era el alma en pena de un avaro que tenía ocultos sus tesoros,

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
JULIO ROMERO DE TORRES



“El poema de Córdoba” (fragmento)

HACE diez y siete años, en la Nacional de 1899, obtenía Julio Romero de Torres su primera recompensa. Tenía entonces veinte años y había presentado un cuadro titulado *Conciencia tranquila*. Ante los lienzos actuales de Romero de Torres, aquella escena realista y melodramática—en que se veía á un pobre hombre maniatado por la Guardia civil, mientras la Policía huronea en sus muebles buscando papeles comprometedores, y la esposa y el hijo del detenido lloran angustiosamente—sorprende y desconcierta. Sin embargo, Benedito, Chicharro y Sotomayor, han pintado otros tres cuadros iguales. Los tres pintores se presentaron aquel año á las oposiciones de Roma. El Tribunal, con ese buen gusto tradicional en los tribunales de oposiciones, impuso á los artistas como asunto del cuadro, *El anarquista y su familia*. Esta majadería inspiradora dió lugar á obras notoriamente mediocres, insinceras, donde no podían hallarse ninguna de las admirables cualidades que luego tendrían los cuadros de Chicharro, Sotomayor, Benedito y Romero de Torres. Pero, por de pronto, les valió sendas plazas de pensionados á los tres primeros y una tercera medalla al último.



JULIO ROMERO DE TORRES
 Ilustre pintor español

Cinco años después, volvía á obtener Julio Romero de Torres otra tercera medalla. Entonces pinta lienzos un poco sordistas, excesivamente «inflados de luz», en una errónea participación del concepto acromado, apanderetado de Andalucía. Nada tampoco nos promete aún la que había de ser tendencia definitiva.

En 1906 le rechazan un cuadro titulado *Vividoras del amor*, en unión de otros tres titulados *El Sátiro*, *Naná* y *Espera*, de los señores Fillol, Bermejo y no recuerdo que otro pintor. Dieron, incluso, lugar estos cuatro lienzos—cándidos, inofensivos, infantilmente picarones—á una famosa real orden, que el Jurado quiso convertir en hoja de parra. Se les consideró nefandamente, perversamente, audazmente inmorales. El de Romero de Torres tenía, sin embargo, sobre los otros tres, la ventaja de su triste sensualidad, de esta sensualidad melancólica que ya empezaba á despertarse en el futuro gran pintor.

Significa, por último, *La musa gitana*, premiada con medalla de oro en la Nacional de 1908, el momento en que Julio Romero de Torres comienza su verdadera orientación estética.

Un nuevo concepto de la psicología andaluza brota de este